2

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

INTERVENCION DE LA MUJER EN LA REVOLUCION FRANCESA

TESIS que para optar al grado de maestra en Historia Universal (especialidad Moderna y Contemporánea) presenta la alumna

Carmen García Lara

MEXICO 1945

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres

A mis maestros

Introducción

Es evidente que la mujer ejerció un influjo poderoso, a veces decisivo y con frecuencia sublime, en ese momento histórico que tuvo por magnífico escenario la gran tragedia conocida con el nombre de Revolución Francesa.

La conmoción política y social que encendió a Europa a fines del siglo XVIII y transformó radicalmente el pensamiento, usos y costumbres de los pueblos, quizá no tenga paralelo en la Historia contemporánea. La profundidad de sus intenciones, alteza de miras y generosos ideales, la colocan en un plano superior sobre las perturbaciones universales que se sucedieron después. Todo tuvo perfiles de grandeza en esa época heroica: sus tribunos, sus legisladores, sus avanzadas ideas, sus mártires. Hasta las bárbaras hecatombes de la guillotina que, si bien serían vituperables ante un criterio de estricta moral, se explican y tal vez se justifican por el desbordamiento natural de las pasiones en un pueblo secularmente oprimido. Ya desatadas y ante el empuje de un movimiento arrollador, no pudieron contenerlo ni sus mismos iniciadores y dirigentes, víctimas a su vez de su propia obra.

La Revolución Francesa, propiamente dicha, la hacen terminar sus críticos e historiadores el 18 Brumario, cuando al parecer quedaron sepultados los anhelos reivindicadores que le dieron vida, al entronizarse la dictadura de un solo hombre convertida después en Imperio. Examinados los hechos con más detenimiento vemos que esa apreciación adolece del defecto de juzgar superficialmente y desde un solo ángulo, acontecimientos trascendentales para la humanidad.

Mas abarcando al panorama histórico que se nos presenta después, puede afirmarse que sus repercusiones abarcaron todo el siglo XIX con las jornadas del 30 en Francia, las manifestaciones revolucionarias del 48 que agitaron a Europa y la Comuna de París en el 70. Estas ramificaciones parten de un mismo tronco y todavía ahora, cerca de la mitad del siglo XX, la tremenda inquietud universal en que la humanidad desorientada se debate en busca de nuevos rumbos, sin encontrarlos aún, puede considerarse como un reflejo de aquellos gloriosos días en que se luchaba con valor y nobleza

para buscar la fórmula de la felicidad de los pueblos; días en que se creía sinceramente en la virtud de los hombres y campeaban bellas palabras de libertad, igualdad y fraternidad, divisa que puede ser válida aún en el grave momento que vivimos.

Es indudable que los idealistas del 93 dejaron honda huella en el pensamiento contemporáneo, con las naturales rectificaciones de época; pero su aspiración de libertad—ciertamente entendida por ellos de distintos modos—, la cimentación de los derechos del hombre, su deseo de unir a todos los humanos en un lazo fraternal y su anhelo de destruir acentuadas diferencias de clase, dando a todos iguales oportunidades, son postulados que todavía se ambiciona alcanzar.

En nuestro Hemisferio, bien sabido es el influjo que tuvieron las ideas y los sucesos de la gran Revolución, a pesar de la distancia, para la emancipación de las colonias, segregándolas de España, su metrópoli. Nuestros héroes se inspiraron en aquella fuente de nuevas ideas que se abrían paso a pesar de todos los obstáculos puestos por los retardatarios de entonces. Además, favorecieron su empresa las agitaciones posteriores en que se vió envuelta Europa, como consecuencia inmediata de la caída del trono en Francia.

* * *

Y en este grandioso marco histórico se destacan figuras femeninas de los más diversos tipos, actuantes en opuestos bandos y poseídas de pasión. Pasan por esa época brillante y sangrienta, reclamando un puesto de honor en la lucha implacable. Se colocan en los primeros lugares por merecimientos propios, colaboran con los más eminentes hombres de su tiempo, influyen en la política, se juegan su destino a una carta y saben hacer honor aún a costa de su vida—justo es reconocerlo—a la preponderancia que adquieren en los asuntos públicos, reflejo indudable de su influencia en la vida privada. Exigen el derecho de hablar desde la tribuna, de ocupar sitios de responsabilidad (Olimpia de Gouges, la primera) puesto que también tienen el derecho de subir al cadalso. (1)

Así desfilan por las páginas de la Historia, heroicas y sublimes, bellas y altivas, luminosas y apasionadas, crueles algunas, histéricas otras· idealistas las más. Las intelectuales, las virtuosas, las aristócratas, se funden con las perversas en un mismo crisol, entregadas firmemente, en cuerpo y espí-

(1).—*Las mujeres rigen entonces por el sentimiento, por la pasión, por la superioridad y, es necesario decirlo, por su iniciativa. Nunca, ni antes ni después, han tenido tanta influencia. Jules Michelet. "Les Femmes de la Revolution". Pág. 24.*

ritu, a la causa que defienden y que cada cual comprende a su manera. Arrebatadas por el mismo torbellino revolucionario pasan mujeres de rancio abolengo, que apenas comprenden lo que está sucediendo a su derredor; literatas y pensadoras educadas en la escuela filosófica de los enciclopedistas; las místicas vengadoras, las belicosas amazonas. Tiernas jóvenes enamoradas se confunden en el inmenso drama con neuróticas impulsivas y cortesanas implacables, todas víctimas de un mismo y trágico destino, enmarcado por el lúgubre coro de las Furias de la Guillotina.

En concepto de Michelet, al principio la Revolución estuvo dominada por el espíritu, debido a la influencia de los enciclopedistas; más tarde será la acción asesina y temible. Entonces, por el sentimiento y por la acción, la mujer toma un papel preponderante en los acontecimientos que se precipitan aceleradamente. Ellas inspiraban y hasta corregían los discursos que se pronunciaban en los clubes y en la Asamblea Nacional; tenían sus sesiones, juzgaban los hechos con pasión y sostenían muchas veces con su presencia, al orador tímido. Y añade el mismo autor: "Los hombres han hecho el 14 de julio; las mujeres el 6 de octubre. Los hombres tomaron la Bastilla, pero las mujeres el trono mismo para ponerlo en las manos de París, es decir, de la Revolución".

Quizá sea un poco exagerada esta última apreciación del ilustre historiador, pero es indudable que en las más memorables jornadas (6 de octubre, 20 de junio, 10 de agosto), las mujeres tuvieron una activa participación en esos tumultos que determinaron la caída de la dinastía y el total cambio del régimen existente.

En el vasto panorama de la Revolución nunca dejaron de destacarse femeninas figuras, ya aisladamente, ya en grupos. Las mujeres del pueblo eran las más entusiastas y asiduas asistentes a las sesiones de los clubes y de la Asamblea, y con frecuencia levantaban el espíritu de los hombres. Sin duda eran, igualmente, feroces en ciertas ocasiones, pero su participación en los más salientes sucesos, es indiscutible. En continua inquietud denunciaban a los emigrados, traidores, emboscados, enemigos y traficantes con el hambre del pueblo, o a los que ellas juzgaban como tales; actuaban en la plaza pública, centro natural de sus actividades; vigilaban las secciones, agitaban los barrios, acompañaban con insultos y algunas veces compasivas, a los ajusticiados y se hacían temibles hasta para los más poderosos personajes. Incluso el horror de las llamadas "calceteras" que iban a presenciar las degollinas como si asistieran a un agradable espectáculo, ha dejado su huella indeleble

como un documento viviente que permite reconstruir el aspecto sangriento de la época.

Ellas dan singular realce a los hechos y hasta los determinan a veces, en cierto modo. Seguramente que en ninguna época de la Historia se encuentra el caso insólito de un conjunto de mujeres que influyen de manera decisiva en sucesos de tanta importancia. Es sabido que en todos los tiempos, desde la más remota antigüedad, se han señalado mujeres sobresalientes que actuaron en condiciones excepcionales e hicieron variar el curso de los sucesos, o bien dominaron el medio en que se desenvolvieron a través de los hombres; pero lo que tiene de realmente admirable la intervención femenina en el movimiento revolucionario de Francia, es que en un momento histórico surgiera esa brillante pléyade que piensa, ama, odia y sufre; que sacrifica generosamente su bienestar y su vida por un ideal; que participa, no con la pasividad común a su sexo, sino en vehemente acción, en la terrible lucha que se libra entre un pasado caduco y el porvenir que se levanta en los albores de la Revolución; y después en lo hoguera de los partidos que chocan con furia despiadada. Unas de un modo, otras de otro, las mujeres de la Revolución tienen lugar preferente en ese memorable episodio de la humanidad. Grandes o modestas, cultas o ignorantes, virtuosas o malvadas, conquistaron al precio de su sangre el derecho de ocupar un sitio en las páginas de la Historia, en buen número no como figuras secundarias o comparsas, sino con definidos perfiles, cualquiera que haya sido su actuación y el campo en que militaron. (1).

Algunas—muy pocas—lograron salvarse del Terror y alcanzaron avanzada edad, llevando una vida tranquila, pletórica de recuerdos; las más subieron al patíbulo valientes y activas; otras enloquecieron o desaparecieron sin que se conozca su fin.

* * *

No es mi intención en este modesto trabajo, profundizar las causas, desarrollo y consecuencias sociales de la gran Revolución, que someramente acabo de enunciar, sino procurar realzar la importancia que tuvo la participación femenina en aquellas memorables jornadas. Para las valerosas mujeres que subieron al cadalso, mártires de su fe, de un apasionado amor o

(1).—*"Se puede creer que la igualdad de los sexos en política, procede, en efecto, de los principios sostenidos en 1789. Muchos de los ciudadanos lo entendieron así. Hombres y mujeres se mezclaban en los clubes y eran fundadores de las sociedades fraternales de los dos sexos".—Gustavo Gautherot.—"Les Suppliciées de la Terreur". Pág. 12.—Introducción.*

víctimas del destino, va dirigida mi más sincera admiración y un fervoroso recuerdo.

Los datos y referencias que me han servido para tratar de realizar mi propósito, están tomados, en su mayoría, de historiadores de prestigio internacionalmnete reconocido, de los cuales también he recopilado antecedentes y detalles históricos relacionados con las heroínas que aquí se mencionan después.

Pero otros hube de recabarlos de biógrafos, también de crédito, pues se puede suponer, fundadamente, que ellos por su parte los tomaron de documentos de primera mano en los valiosos archivos franceses. En estos escritores se mezcla con alguna frecuencia, lo propiamente histórico con pasajes o situaciones que pudieran parecer novelescos.

Tal coincidencia, en mi concepto, no tiene nada de particular y hasta puede complementar el relato, ya que la vida y acaecimientos de esos heroicos días salen completamente de lo común o vulgar y se desenvuelven en condiciones verdaderamente extraordinarias; casi parecen de leyenda—a pesar de haberse desarrollado en época relativamente cercana a nosotros—como las narraciones de la Odisea o de la Ilíada.

Por lo demás, ¿no semeja toda la Revolución Francesa una maravillosa novela? Su cuadro histórico nos da, en conjunto, la impresión de acontecimientos fabulosos que casi nos resistimos a creer, tal es la fuerza de dramatismo que encierran.

El Alma Femenina de un Partido

El 20 de febrero de 1791 llega a París una mujer que después sería envuelta y abatida por el remolino revolucionario: Madame Roland. Estaba llamada a asumir un papel singular en el curso de las convulsiones políticas que se precipitaron en dos años como una avalancha incontenible.

Se instala en una modesta casa el matrimonio Roland y desde el día siguiente de su llegada ella, llena de júbilo y entusiasmo, asiste a la sesión de la Asamblea Constituyente. Aquí comienza su actuación activa en la política; entra de lleno en una vida plena de emociones, triunfos y sinsabores.

Su primera preocupación es entablar relaciones con algunos de los más apasionados representativos de las ideas populares en boga. Ya antes, desde su retiro en provincia (Lyon) mantiene correspondencia con Brissot. Desde allá observaba los acontecimientos y en carta que le dirige a raíz del discurso del rey, pronunciado en la sesión real del 4 de febrero de 1790, cuando el juramento cívico que provocó general regocijo, externa este juicio: "Las opiniones están aquí muy divididas. Se atribuye su discurso a Necker. Al principio hay giros ministeriales y un poco de esa insipidez que en él son muy frecuentes. En general se observa un tono que no es el suyo y algunas veces un llamamiento a lo sentimental que él no ha sabido nunca unir a sus escritos confusos".

Sin embargo, desde Lyon no podía apreciar todo el panorama revolucionario del momento. La toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, la sorprende en esa ciudad. Ardiente y animosa, su inquieto espíritu ve en ese trascendental suceso la primera señal de los tiempos tan largamente esperados. Y creyó, del todo convencida, que la Revolución estaba llamada a regenerar la especie humana, a poner término a la miseria de los desheredados y a cimentar la paz y la fraternidad universales. Este fuego secreto, esta exaltada pasión, ya no se extinguirían hasta su muerte.

Comunica primero a su marido y después a sus amigos, esta llama que la inflama: su convicción en los destinos de la humanidad. Su genio adivina que han entrado en juego no sólo el futuro de Francia, sino la suerte de

todo un régimen social consagrado por los siglos, la tradición y la costumbre, para dar paso a corrientes reivindicadoras de derechos olvidados.

Su generoso corazón se resistía a admitir la maldad humana. Amaba al pueblo porque lo creía una víctima de la tiranía (como efectivamente lo era), pero a la vez incapaz de actos innobles y crueles. El desenfreno de las pasiones que posteriormente hubo de presenciar en París, la desengañó de esa creencia. A su alma elevada siempre repugnaron los asesinatos, incendios y demás excesos que la Revolución trajo consigo en su desarrollo.

Parece que en Lyon, país natal de Roland, a donde se trasladaron los esposos después de vivir en Amiens, y duran cinco años, fué muy querida por los campesinos, a los que favorecía con lo poco supérfluo que podía ahorrar de sus escasos recursos, al mismo tiempo que desinteresadamente se dedicaba a curar sus enfermedades.

Opina Lamartine que para comprender a madame Roland, es preciso seguirla desde el taller de su padre hasta el patíbulo. Y así es en efecto: Sólo acompañándola en su ferviente trayectoria es posible explicarse su temperamento, su arrojo, su valor, su influencia sobre los hombres y los hechos de su tiempo y, finalmente, su martirio aceptado estoicamente, después de un momento de vacilación, antes que privarse de la existencia por sí misma. ([1]).

* * *

Hija de un humilde joyero del muelle de Lunettes, María Juana Philipon nace en París el 18 de marzo de 1754. A los ocho años leía a Plutarco, a los nueve se había entusiasmado con la Biblia y más tarde con Voltaire y los enciclopedistas que definitivamente moldearon su espíritu. "Había venido al mundo en la condición intermedia de las familias recién emancipadas por el trabajo—define Lamartine— que conserva en las costumbres las virtudes y la sencillez del pueblo".

Graciano Philipon, su padre, era grabador, pintor de esmalte y comerciante en diamantes y joyas. Adoraba a su hija y le daba una educación esmerada, propia de personas de superior nivel social al suyo. Dotada de gran inteligencia, la niña creció en este medio, bajo los cuidados de la madre que había depositado su ternura en esta hija única. La educó con extraordinaria delicadeza y tacto, en que se conjugaban la dulzura con una misteriosa

([1])—*Mad. Roland unía a las gracias de una francesa el heroísmo de una romana. Thiers. Histoire de la Revolution Francaise. Tomo V. Pág. 394.— 2ª Edición.*

influencia que templó su carácter. María Juana, de natural talento, comprensiva, sensible y emotiva, secundaba admirablemente la obra materna. Sin duda que la madre tuvo ascendiente decisivo para formar su carácter, pues tolerante y benévola, ni en religión la obligó a participar de credos rígidos.

Sus principales rasgos ella misma trazólos con maestría: "Nada de particular tiene mi cara, sino muy buen color y mucha suavidad y expresión. Cuando se observan cada una de mis facciones se puede preguntar sin duda: ¿dónde está la hermosura? No hay una que sea regular pero todas juntas agradan. La boca es algo grande y las hay mucho más bonitas, pero ninguna tiene la sonrisa más tierna y seductora que la mía. Los ojos son muy grandes, de color castaño; el mirar despejado, franco, vivo y suave, y las cejas negras como el cabello. La nariz me incomoda un tanto porque la encuentro algo abultada en la punta; pero no es fea si se mira de perfil. La frente ancha y descubierta, sentada sobre la órbita muy elevada de los ojos y cruzada por venas que desaparecen a la más ligera emoción. En lo que se refiere a la barbilla es algo arremangada; tiene los rasgos que indican los fisonomistas como propicios para la voluptuosidad y, efectivamente, si medito lo que he pasado, dudo que persona alguna haya nacido más inclinada a ella y la haya gozado menos que yo. La tez sonrosada, más bien que blanca; colores vivos con frecuencia animados con el repentino calor de una sangre hirviente. La mano bien hecha sin ser pequeña y los dedos largos y delgados, indican destreza y gracia. Pierna bien formada, muslos abultados. Difícil es captar mi fisonomía porque tengo más alma que rostro y más expresión que facciones".

Según esta descripción que nos legó en sus Memorias, no era hermosa y ni siquiera bonita; pero sí agraciada y dotada de peculiar atracción, como se vió después, seguramente a causa de los "rasgos voluptuosos" de su cara, por el "mirar despejado" o quizá por algo inmaterial y atrayente que irradiaba de toda ella.

A los veintiún años pierde a su madre. Es entonces que se siente atraída por Rousseau. Dice en sus Memorias: "Rousseau me hizo en esa época una impresión comparable a la que había hecho en mí Plutarco a los ocho años. Plutarco me había dispuesto para ser republicana, me había inspirado el verdadero entusiasmo de las virtudes públicas y de la libertad. Rousseau me reveló la felicidad doméstica a que yo podía aspirar".

Felicidad que no encontró. Casada a los veintiséis años con un hombre de cincuenta, Juan María Roland de la Platiére—escritor, filósofo, cronista que redactaba algunos artículos sobre manufacturas para la Enciclopedia—

va a vivir a una propiedad aislada de su marido, casi un castillo, donde lleva una existencia concentrada y obscura. Sus biógrafos han querido ver en la austeridad de su vida anterior a la conmoción revolucionaria, el necesario antedecedente que la preparó para su actuación futura y para recibir la muerte con entereza y valor poco comunes.

Pero antes y después de su matrimonio siente una necesidad imperiosa de ejercitarse en distintas disciplinas del pensamiento y el arte. Todo procuraba aprender: Historia, Filosofía, materias religiosas, música, pintura, baile, en fin, nada bastaba a su temperamento inquieto y poseído de voraz ansia de conocimientos.

"Nunca olvidaré—dice ella—la cuaresma de 1763 (a los nueve años de edad) durante la cual llevaba diariamente a la iglesia aquel libro (Plutarco) en lugar del devocionario. Desde entonces datan las impresiones que me hicieron republicana sin que en aquel tiempo pensara en serlo".

Nos relata que cuando estuvo en un convento, aprovechaba hasta las horas de recreo para leer y meditar, en vez de dedicarse a los juegos propios de su edad. Profesaba una religión muy especial, porque si bien es cierto que las ideas filosóficas imbuídas desde sus primeros años la impresionaron, conservó como una agradable reminiscencia, las manifestaciones del culto católico en que se había criado. Parece ser que por una extraña contradicción de su carácter, asistía con respeto a las ceremonias de los templos, pero en el fondo repudiaba la parte dogmática y los misterios de esa misma religión. Había una mezcla en ella de mujer hogareña, que no desdeñaba los quehaceres domésticos, con aspiraciones de literata y filósofa; pero debe reconocerse que sobre todas las cosas, los pensamientos político-filosóficos de la época la embargaban.

Su vida retraída, sus lecturas, su viva inteligencia, todo era propicio a que viera con desdén y rencor el brillo del mundo aristocrático de su tiempo. Cuando estuvo en su juventud en Versalles ocho días, alojada en una buhardilla de la servidumbre, pudo darse cuenta de la fastuosidad real. Los juegos, los paseos, el lujo desplegado por aquella corte vana e inconsciente, hirieron su espíritu, alimentado por las ideas de los filósofos que proclamaban virtudes severas de la antigüedad. Su orgullo innato se sintió lastimado con la soberbia de la realeza. ([1]).

([1]).—*"Es el tipo perfecto de la mujer republicana. Dotada de talento perspicaz fué criada con el mayor cuidado".—F. Gaume.—"Historia de la Revolución Francesa". Este autor también admite que las "Vidas Paralelas", de Plutarco, nutrieron su niñez, pues fué uno de los primeros libros que leyó. "Plutarco formó su espíritu, su corazón y su carácter". Capítulo XXII. Pág.* 311.

Todavía soltera se dedicó a escribir pequeños ensayos sin el propósito de hacerse escritora; pero indudablemente esto decidió más tarde que pudiera expresarse con soltura y elocuencia en el cenáculo de sus amigos, a los que animó con su pensamiento y con su palabra cuando era pedido su parecer sobre los asuntos más importantes que allí se debatían. ([1]).

Del matrimonio tenía una idea muy propia, muy personal, entre altiva y desdeñosa, a la vez que lo consideraba como un acto de virtud que en su imaginación le parecía sublime. Oigámosla en sus Memorias: "A fuerza de ocuparme de la felicidad del hombre a quien me asocié, advertí que faltaba algo para la mía, pues no cesando un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres más apreciables y al que podía honrarme en pertenecer, conocí que no había igualdad entre nosotros y que el ascendiente de un carácter dominante, juntamente con el de la edad, eran demasiadas superioridades. Si estábamos solos sufría a veces horas penosas y si nos mostrábamos en sociedad era requerida de amores por personas que podían interesarme demasiado."

Aquí se observa un interesante matiz psicológico de esta mujer: Mientras por una parte le reconocía a su marido superioridad intelectual, por otra se sentía un tanto humillada de haber ligado su vida a un hombre que casi la doblaba en edad, quizás frío, reservado y egoísta. Al mismo tiempo, apunta cierta coquetería femenina al verse galanteada en los salones.

Más adelante nos dice que se asoció al trabajo de su marido convirtiéndose en su ayudante, labor que realizaba con humildad, acaso dominando su orgullo, en espera de tiempos mejores en que ella pudiera brillar y lucir sus cualidades. Y añade: "Sólo muy tarde adquirí el valor de contradecirle". Mujer hogareña, al fin, alternaba esos trabajos intelectuales con los del arreglo de la casa, preparando ella misma los alimentos. Laboró en Amiens en la Enciclopedia, cuyos artículos relativos al comercio le había confiado su marido. ([2]).

* * *

Fué Brissot el primer hombre notable de la Revolución con quien trataron los esposos Roland. El les presentó a Pethion, su condiscípulo y amigo, miembro de la Constituyente, que por sus discursos se había ya hecho nota-

([1]).—*"Cuando los políticos visitaban su morada, no se mezclaba en sus discusiones, pero si le pedían su opinión la daba muy elocuentemente". Jules Michelet.—"Histoire de la Revolution Francaise". 2º Tomo. Pág. 294.*

([2]).—*Su matrimonio llegó a ser una unión de luchas comunes, de sacrificios y de esfuerzos heroicos". Jules Michetel.—"Histoire de la Revolution Francaise". Tomo 2º. Pág. 302.*

ble. Buzot y Robespierre llegaron después. Y así nació aquel cenáculo, famoso más tarde, de hombres prominentes que se agrupaban en torno a una mujer, frecuentando su casa hasta cuatro veces por semana. Allí tocaban todos los tópicos del día, se hablaba de política, se preparaban combinaciones, se discutían las debilidades de la Asamblea, los lazos que la aristocracia tendía a la Revolución y se elaboraban planes para consolidar el triunfo.

Las frases pronunciadas entonces (1791) por Mad. Roland, ya colocada a la vanguardia del movimiento, señalan su temperamento combativo: Dice: "Al hacernos nacer en la época en que la Libertad también nace, la suerte nos coloca en la posición de los hijos del ejército que deben combatir por ella y triunfar. Así, pues, debemos cumplir bien lo que nos fué encomendado y preparar la dicha para las generaciones venideras". Se sentía, igualmente, apóstol de un ideal que llevaba profundamente grabado en su interior.

Tenía un concepto muy personal del despotismo. Profesaba la teoría de que la indulgencia para con los hombres que asumen el poder, sólo sirve para invitarlos a ser despóticos. Sin embargo, tiene a veces visión justa sobre el estado real de la sociedad de su época y muestra cierto escepticismo respecto a la bondad de los procedimientos que se seguían, y más aún, de los encargados de aplicar los principios que privaban. La vemos ir a la Asamblea, encontrándola débil primero y después llena de corrupciones, juzgándola por último con severidad y más tarde con indignación y cólera. En su alma iluminada por exaltados arrebatos, no cabían términos medios ni admitía componendas, tan necesarias muchas veces en determinadas situaciones políticas. Hasta Lafayette, entonces ídolo popular, llevó su indignación. En una carta a Brissot de 31 de julio de 92, tiene frases insultantes e injuriosas para él. Habría de arrepentirse más tarde —quince días antes de morir— de este arrebato, nacido sin duda de su exaltación republicana ([1]).

Parece ser que la situación de cenáculo formada en su casa, halagaba su vanidad y su orgullo de mujer, al mismo tiempo que alimentaba su pasión

([1]).—*No todos los historiadores coinciden en atribuir a Mad. Roland móviles generosos en su actuación revolucionaria; hay quien la juzga con suma severidad, presentándola como una mujer poseída de pasiones mezquinas y bajos rencores. En las "Monografías Históricas", de la Universidad de Cambridge (edición española Sopena. Tomo I. Pág. 369), se lee el siguiente comentario que a mi me parece injusto: "Mad Roland era una mujer enteramente dominada por la vanidad, el despecho y el amor al poder, la cual se asoció con los partidarios de la extrema izquierda, Danton y Robespierre, así como también con Brissot y Sieyes, sólo por dar gusto a sus pasiones. Habíase propuesto con gran empeño trabajar por la caída de la monarquía, obedeciendo no tanto a convicciones políticas como al odio que profesaba a María Antonieta, de quien se consideraba enemiga personal. Probablemente a su perniciosa influencia, más que a otra causa cualquiera, se debió que el Partido en lugar de dedicarse a la legislación interna, emprendiera una nueva cruzada contra la monarquía".*

política; pero supo conducirse en tal posición con modestia, según juzga Lamartine. En esas reuniones memorables, a las que asistían los cerebros más claros de la Revolución, la juventud más escogida por su talento y romántico ímpetu, ella era el alma apasionada y vibrante, la inteligencia lúcida que guía y sabe señalar rumbos en momentos de duda y depresión. Incitaba a obrar a sus amigos y debe reconocerse que persuadía con su presencia, consejos y sugestiones, al grupo que dominaba en la Asamblea con su elocuencia. Es así como se convierte en la reina de la Gironda, en su centro de acción.

Naturalmente que esta preponderancia no dejó de despertar suspicacias y recelos. "Las comidas de la señora Roland—dice Albert Mathiez—se celebraban dos veces por semana o más. Reunía a lo más escogido del Partido y era allí donde se preparaban los grandes golpes políticos. En un tiempo en que todo lo que se asemejaba a intriga y espíritu de facción era objeto de reprobación general, los conciliábulos secretos en que se complacían los jefes girondinos, no podían menos que restarles fuerza y consideración en la opinión pública. Pocos diputados participaban en esas reuniones; los descartados sufrían en su vanidad y pronto se dieron cuenta de que los comensales de la señora Roland no se preocupaban sólo de adueñarse de la tribuna, sino que también reservaban para ellos y sus amigos todos los puestos importantes de las comisiones y de la mesa de la Asamblea."

En verdad, frecuentaban la casa de Mad. Roland lo más granado del grupo, hombres que ocuparon primera fila en los dramáticos sucesos posteriores: Dumouriez, Brissot, Louvet, Gaudet, Gensonée, Carra, Barbaroux, Pethion, Buzot, Duco, Vergniaud, Condorcet, Sieyes. A Robespierre lo toleraba, antes del rompimiento entre la Gironda y la Montaña, considerándolo como un animoso defensor de la libertad, pero su instinto de mujer la prevenía contra aquel hombre frío, altivo, despiadado y fanático.

Los ministros acordaron comer cuatro veces a la semana en la casa de los esposos Roland, antes de ir al Consejo, para concertar allí sus actos ante la corona, de manera que de hecho en esa casa se tomaron las más importantes resoluciones de gobierno, que sin duda determinaron, o cuando menos precipitaron, la caída del trono. Se ha creído que propiamente fué ella quien desempeñó el Ministerio del Interior.

Depuesto Roland del Ministerio se traslada con su esposa a una modesta vivienda, pero no por eso pierde ella su influencia, pues en la nueva casa continúan las reuniones políticas, ensanchándose el círculo a diario. Biógrafos e historiadores están de acuerdo en que Mad. Roland poseía una atracción, un encanto sin duda avasallador. Entre sus amigos parece que se

confundía la veneración hacia ella con el amor a la libertad que encarnaba ante el grupo. Era la pasión del Partido, su símbolo, en aquella mezcla de patriotismo y ambición, pues que los girondinos conspiraban en su casa para derrumbar la monarquía y asumir el poder con la República, es un hecho históricamente reconocido.

* * *

Entre aquellos hombres distinguidos por su talento, elocuencia y hasta por su presencia física, Mad. Roland pasa sin mancha. Quizá se sintió atraída por algunos de ellos, pero su honestidad de esposa permaneció intacta. Por algunos pasajes de sus memorias se ha querido suponer que amó a Buzot, arrogante y apuesto girondino, y él por su parte la adoraba; pero los datos que se tienen hacen creer que tal vez no se revelaron uno al otro con palabras, el tierno sentimiento que los ligaba, y así se mantuvieron hasta que sobrevino lo irreparable.

Mad. Roland pudo ver el advenimiento de la deseada República. Complicada como estaba con los girondinos, los siguió en su caída. Muertos o proscriptos los principales jefes de la Gironda, la corporación municipal y los jacobinos pidieron que se la juzgara. El Comité de Salvación Pública, complaciente ejecutor de los deseos del populacho, inscribió su nombre en la lista que todas las noches remitía a Fouquier-Timbille. Dícese que Robespierre se conmovió al firmar ese pedimento que significaba la muerte, recordando su antigua amistad con la perseguida.

Pasó presa a la Abadía. Aún en este lugar y en un gran sector republicano, su nombre era respetado y querido. Los carceleros le proporcionaron consuelo y ayuda, hasta donde eran compatibles con las reclusiones de entonces.

Seguramente que al llegar a esta trágica encrucijada del destino, la señora Roland hubo de recapacitar sobre todos los incidentes de su agitada vida; sus aciertos y errores debieron cruzar por su mente y acaso sintió la inmensa amargura de quien ve fracasado su más caro ideal y fallidas sus ilusiones de regeneración humana, que ya no podía abrigar, después de las espantosas matanzas presenciadas por ella. En su solitaria e incómoda celda, escribió fragmentos de su vida pública y privada, sus Memorias, que han sido la principal fuente de información para reconstruir su inquietante personalidad.

Perdida toda esperanza de salvarse, pues sabía que el tribunal revolucio-

nario la condenaría, toma la resolución de suicidarse, "modelo que encuentra en la antigüedad", según Gaume, dejándose morir de hambre. Abandona este proyecto y opta por el opio. Pide fuerte dosis de la droga a una de sus amigas, Sofía Canet, que se la niega convenciéndola de que es más digno de ella esperar la muerte que dársela por sí misma, para dejar la responsabilidad de la consumación del atentado a sus jueces.

Su proceso y condenación no fueron más que una repetición del juicio de los girondinos. Thiers nos dice que escuchó su sentencia de muerte con una especie de entusiasmo y pareció una sublime inspirada desde el momento en que se pronunció el fallo hasta el de su ejecución.

En su último viaje hacia el cadalso, sobre la afrentosa carreta y entre las injurias de la multitud, no la abandonó el ánimo de que tantas muestras diera durante su existencia. Se atribuye a ella la frase que se ha hecho famosa, lanzada como una imprecación al rostro de sus verdugos, momentos antes de que la guillotina la decapitara: "¡Oh, Libertad; cuántos crímenes se cometen en tu nombre!" Y murió como había vivido, con estoica fortaleza de espíritu, a los treinta y nueve años de edad.

La Vengadora

Tipo muy diferente al de Mad. Roland es el de Carlota Corday. Mujer aquélla de esmerada cultura y educación refinada, de talento poco común, siente la necesidad de lucir, de distinguirse en el escenario político, además de que no estaba desprovista de ambiciones personales. Carlota se inmola, se entrega por entero, sin esperar nada de la vida, en un impulso magnánimo, con la idea fija de salvar a su pueblo del caos, de la ola de sangre que todo lo asolaba.

El Año Terrible (1793) desencadenaba todos sus horrores; pero el frenesí en que se debatía París era poco compartido por la provincia, más quieta y reposada, con sus ribetes de moderación, aun cuando sustentando, por regla general, ideas republicanas. Es así que siempre va a la zaga del foco de donde emanaban los más drásticos decretos, las más duras órdenes y las más bárbaras proposiciones de exterminio. Siempre hay una hora de atraso en los departamentos respecto a la capital, nos dice Stefan Zweig en su biografía sobre Fouché.

Y este modo distinto de mirar las cosas, más calmado, más sereno y también más conservador, quizás influyó en la joven para inducirla a ejecutar un acto que estaba fuera de la órbita de su existencia, de su modesta posición social de pueblerina pobre, educada en una pequeña ciudad entre paredes conventuales. Pero otros factores que luego veremos, más decisivos, fueron los que la prepararon para consumar sin vacilaciones, con perfecta sangre fría, uno de los atentados más audaces que registra la Historia. Sin duda pensó ocupar un puesto relevante en la posteridad—como lo ha tenido—, pues esta es una característica constante de los hombres y mujeres de ese tiempo, tal vez la más elevada. Tenían la vista fija en las generaciones futuras y a nombre de ellas hablaban y actuaban.

¿Qué repercusiones tuvo su acto heroico en el curso de los acontecimientos posteriores? ¿Qué efectos produjo la muerte de Marat? ¿Cuáles fueron sus consecuencias? Indudablemente que por el momento nada de lo que se propuso Carlota con la eliminación del popular demagogo—quebrantar a la Montaña, suprimir el Terror, purificar la República—se consiguió; más bien

los odios y las pasiones se recrudecieron. Pero su inmolación voluntaria fué un alto ejemplo de valor y desinterés por el bien público, que posiblemente hiciera reflexionar a los más furibundos convencionales. Se había dado el paso que preparó, para un año después, el 9 Termidor; y era el primer hecho franco de rebelión contra la tiranía de la guillotina. ¡Y consumado por quién! Por una muchacha ajena por completo a la política y que en cierta forma representaba el sentir de una parte muy apreciable de la sociedad, la clase media de provincias.

El desenfreno de Juan Pablo Marat se hacía ya intolerable por su virulenta exaltación, no sólo para los monárquicos y aristócratas en derrota y perseguidos, sino también para los mismos republicanos conscientes. "Era audaz, fanático y atrevido", dice Lamartine. Y estas características de su persona, unidas a una fría crueldad, lo hacían temible y peligroso. Pretendía erigir ochocientas horcas en las Tullerías para colgar a los traidores, sin hacer distingos entre los que verdaderamente lo eran y los más sobresalientes revolucionarios a quienes él también calificaba así. Su periódico, "El Amigo del Pueblo", destilaba sangre, y la agitación permanente que mantenía su editor, hacía imposible ninguna estabilidad social ni el advenimiento de un gobierno que encauzara a la República conforme a las nuevas corrientes de opinión.

¿Qué hubiera pasado de no haber sido asesinado Marat? Difícil es preverlo; pero bien puede deducirse de su desatado sistema en que el exterminio era la norma, que habría sido un factor importante de anarquía permanente, un serio obstáculo para que la Revolución se consolidase y hasta un estorbo para las gloriosas victorias que después obtuvo Francia en el terreno militar.

Carlota se equivocó al suponer que con la muerte del demagogo se derrumbaría inmediatamente el régimen terrorista que imperaba, contando para ello con la sublevación de los departamentos movidos por los girondinos; pero este error no quita mérito ni grandeza a su acto de suprimir a un hombre de perfiles rayanos en la anormalidad, sacrificando su juventud y su vida—tenía 25 años—, sin esperar más recompensa que la gratitud de sus compatriotas y el problemático reconocimiento de las generaciones futuras, pues sabía perfectamente que no saldría viva de la empresa ([1]).

([1]).—*Thiers nos dice que "sus costumbres eran puras, pero tenía una imaginación inquieta y activa, al mismo tiempo que estaba dotada de una rara hermosura y un carácter tan enérgico como independiente". Y añade que llegó a entusiasmarse por la causa de la Revolución y como Mad. Roland aspiraba a la institución de una República sometida a las leyes; pero para realizar esto los montañeses eran el único obstáculo. Llegó a persuadirse de que la muerte del jefe de los anarquistas, concurriendo con la insurrección de los departamentos, aseguraría la victoria de éstos. Así fué como decidió consagrar a su patria una vida que no tenía lazos ni de esposa ni de madre. "La Revolution Francaise". Tomo V.— Pág. 77.*

* * *

La figura de esta joven podrá haber sido discutida políticamente; nunca en su sublime y heroico gesto de renunciamiento, de doncella iluminada que ofrenda su vida para salvar a su patria, o por lo que ella creyera que sería su salvación. La muerte de Marat pudo o no haber sido benéfica en aquellos tormentosos días de la vida de Francia que señalaba nuevos derroteros al mundo; pero de todas maneras, el sacrificio de Carlota tiene perfiles de leyenda.

Sus biógrafos están de acuerdo en compararla con las grandes mujeres de la antigüedad pagana. Profundamente afectada de las atrocidades atribuídas a Marat, abrigaba el vehemente deseo, obsesionante de ser la salvadora de su país, sobreponiendo su patriotismo a todo lo demás. Louis-du-Bois, citado por Gaume en su relato de este trágico episodio, afirma: "La antigüedad no presenta un sacrificio más generoso que el de Carlota Corday".

* * *

Carlota Corday nace en Lignieres el 27 de julio de 1768. Lamartine traza un cuadro del ambiente en que se desenvolvió su vida, que nos lleva a la fuente de su magnífica fortaleza. Con pluma llena de ternura hacia la heroína, nos la pinta desde sus primeros años hasta llegar al momento fatal.

Hija de un noble provinciano venido a menos, Francisco Corday D'Armont, quedó huérfana de madre a temprana edad. El padre y la familia vivían modestamente del producto de su pequeña heredad, sufriendo apuros económicos; pero esto no impedía que tuviera el señor Corday inquietud política y gustos literarios muy difundidos entonces entre la clase letrada de la población noble. Presentía la proximidad de tiempos de agitación social y el advenimiento de la Revolución que se iba haciendo necesaria.

Sin duda la existencia retraída que llevó Carlota tanto en su casa de Lignieres, como en el convento L'Abbage-aux-Dames, en Caen, donde se educó, además de un temperamento por naturaleza exaltado y de la influencia filosófica de la época, fueron templando su espíritu hasta llevarla al sacrificio en aras de una idea mística que se había forjado de la Libertad. En la vida monástica, aunque apartada del mundo, no por eso dejaban de llegar al retiro los rumores del exterior y los libros en boga que hablaban de emancipación y derechos del pueblo, hasta entonces desconocidos.

Los amores de Carlota son muy imprecisos; parece que ni siquiera los tuvo. Sólo se habla de un joven, sobrino de la abadesa del convento donde estaba asilada, señora Belzunce, pero nada se sabe a ciencia cierta. ¿Se enamoró alguna vez de alguien? Esta interrogación ha permanecido en el misterio; pero de todas maneras, no parece comprobarse que algún devaneo amoroso la hubiese inducido a su trágico designio. No obstante, Lamartine dice, sin afirmarlo, que posiblemente la muerte del joven Belzunce, asesinado en un motín del populacho de Caen, haya influído en su odio hacia los demagogos que se personifició al fin en Marat, mas nada confirma esta versión.

Pero sí es indudable que nuestra heroína pasó por un período crítico, quizás desesperado, a causa de su desamparo. A los diecinueve años salía del convento y se encontró con que su familia estaba en condiciones económicas peores que nunca. La miseria de la casa paterna se había acrecentado a causa de los tiempos que corrían. Dos de sus hermanos emigraron, una de sus hermanas murió y la otra hacía cabeza en la casa paterna. Su tía, la señora Bretteville, la recogió apiadada en su casa de Caen. También en esta casa había estrecheces, y como toda la familia, vivía aquella dama en el más completo recogimiento.

A pesar de esta difícil situación, Carlota gozaba de libertad personal y podía disponer de algunas horas para dedicarlas a la lectura. Por los relatos de la época puede inferirse que el ambiente familiar era propicio a las ideas republicanas, sin exaltaciones radicales, reflejándose instintivamente en la joven. Nutrió su intelecto con obras de Rousseau, Plutarlo y otros autores de moda ([1]).

Por otra parte, indudablemente pesó en su ánimo la agitación del momento. Era cuando los girondinos luchaban denodadamente contra sus enemigos de la Convención y se suponía como cosa cierta, que los jacobinos pretendían introducir la anarquía en la República. Tales conmociones principalmente manifestadas por los excesos del populacho de París, tenían que repercutir en las provincias causando profundo desagrado y alarma en las gentes sinceramente republicanas de Normandía. Caen, refugio de algunos diputados girondinos, proscritos y fugitivos, abrazaba fervorosamente la

([1]).—*Según Albert Mathiez y contra lo que dicen otros autores, considera a Carlota realista en el fondo, pero no religiosa, habiéndole parecido la rebelión girondina un camino para el restablecimiento de la monarquía. Creía que con la muerte de Marat heriría también de muerte a la anarquía, o sea al partido de la Montaña, pero el mismo autor estima que lo que consiguió en realidad fué darle nuevas fuerzas.—"La Revolución Francesa". Tomo III.—Pág. 26-27.* -

causa de la Gironda y abrigaba un odio profundo hacia Marat y los jacobinos [1].

Tuvo pláticas en Caen con algunos diputados girondinos. Barbaroux le dió una carta de recomendación para el dipuntado Duperret, al que costó la vida esa misiva, no obstante que de ninguna manera era comprometedora para él.

El 7 de julio (1793) salió para Argentan donde se despidió de su padre y de su hermana, diciéndoles que iba a buscar en Inglaterra asilo contra la Revolución y la miseria. Regresó a Caen y preparó su viaje definitivo, que sería el de la muerte, para el 9 de julio. Y desaparece misteriosamente de la casa que la abrigaba.

* * *

Desde que toma su audaz resolución ya no vacila ni duda un solo momento. Inspirada por una inquebrantable idea, nada ni nadie podrán hacerla desistir. Durante el viaje en la diligencia que va a París, permanece huraña y silenciosa, sin que sus compañeros logren hacerla hablar.

Por fin llega a la gran capital el 11 de julio. Un coche de alquiler la lleva a la calle de Vieux Agustins 17, al Hotel de la Providencia. No sale de su habitación aquel día y sólo por la noche baja al comedor. Su aspecto es tranquilo, su figura esbelta y atrayente. Todos los historiadores de esta extraña muchacha convienen en que era muy hermosa, de facciones finas y porte distinguido, pero a la vez recatada y modesta.

Carlota hizo su primera salida por aquel París desconocido y tumultuoso, el 13 de julio muy temprano. Compra un enorme cuchillo de cocina por dos francos en una tienda del Palais Royal y envía un recado a su futura víctima: "No dudo que dado el amor que sentís por la patria estaréis satisfecho de interesaros de los desagradables sucesos de Caen, de donde acabo de llegar. A la una iré a vuestra casa, donde espero tendréis la bondad de recibirme y concederme una corta entrevista, pues os daré la ocasión de prestar a Francia un importante servicio."

Este billete causa remordimiento a Carlota, pues lo considera una trai-

---

(1).—*"Contribuyó a la gestación de su plan, el hecho de haber carecido, en sus primeros años, del amor maternal, así como haberle faltado un padre verdadero, pues el suyo pobre, noble, con la cabeza llena de ideales, que escribía contra los abusos en que la nobleza segundona vivía, se ocupaba mucho de sus libros y poco de sus hijos. Puede decirse que tampoco tuvo hermanos, pues estaba distanciada de ellos, así es que en este ser encantador y bueno, hizo su presa el demonio de la soledad".—Michelet.—"Les Femmes de la Revolution Française".—Pág.* 197.

ción, pero es preciso tener valor hasta para eso. "Fué un pérfido ardid para introducirme allí—declarará más tarde—; esperaba poder sacrificarlo en la Montaña, en el seno de la Convención, pero ya no concurría a ella" ([1]).

Después de mandar el recado se dirige a una parada de coches y pide a un cochero que la conduzca a la casa de Marat. Eran las diez de la mañana cuando el vehículo se detuvo en la calle de los Cordeliers, frente al domicilio anhelado. Una mujer abrió la puerta, era Catalina Evrad, la amante de Marat, informándole que éste no podía recibir a nadie. Se retiró a su hotel y envió un nuevo billete: "Marat: Te he escrito esta mañana, ¿has recibido mi carta? Mucho lo dudo, pues me ha sido negada la entrada. Espero me concederás una entrevista. Te lo repito, vengo de Caen y tengo que comunicarte secretos muy importantes para la salud de la República."

Al regresar a la casa de Marat, horas más tarde, le favoreció que la portera no estuviera en su puesto. Nerviosa, tiró del cordón de la campanilla. Esta vez la puerta le fué franqueada y se halló en presencia de tres mujeres. El demagogo estaba en el baño y al oír la discusión con las guardianas que le cerraban el paso, consintió en recibir a la visitante.

La puerta de la habitación íntima se cerró tras ella. Momentos después el "Amigo del Pueblo" era asesinado. Tremenda puñalada había recibido en el pecho, del que se escapaba un grueso chorro de sangre que saltaba por encima de la bañera y encharcaba el suelo. ¡Se había cumplido el Destino!

La joven muy pálida, pero serena, se hallaba de pie apoyada contra la ventana. Había dejado el cuchillo homicida sobre una mesa llena de periódicos que se tiñeron de rojo. Cuando acudió el cirujano dentista Calir Michon, que vivía en la misma casa, al oír los gritos de socorro, vió a Carlota en el suelo sujeta por un hombre que la golpeaba. Marat hacía grandes esfuerzos para hablar y los últimos latidos de su corazón arrojaban borbotones de sangre por la herida del pecho. La casa se llenó de gente. El drama había sido rápido. Todavía no se ha podido comprender cómo aquella muchacha provinciana tuvo la suficiente energía para consumar su sangrienta obra.

"¿Quién te ha inspirado tanto odio?" preguntará más tarde Fouquier-Timbille. Y ella responderá con entereza: "No necesitaba del odio de los demás; me bastaba con el mío".

* * *

Por pura fórmula Carlota es interrogada en la sala del Tribunal Revo-

([1]).—*Según Thomas Carlyle en su "Historia de la Revolución Francesa", Carlota estuvo en la Convención a su llegada a París, y pudo darse cuenta de lo que era la Montaña. Tomo II. Pág.* 231.

lucionario por el fiscal, y condenada, como era de esperarse, a la guillotina. Esta extraordinaria mujer pasa por las páginas de la Revolución Francesa como una heroína legendaria, pura y dulce, bella y suave, pero al mismo tiempo con la sabrehumana energía que proporciona un ideal firmemente grabado en la conciencia y la fuerza que da el cumplimiento de lo que se cree un deber para con la patria y la humanidad. Su entereza no decayó un solo momento; prueba de ello son los testimonios que han llegado hasta nosotros de su progreso y los detalles de su sacrificio.

Su convicción profunda se revela en sus palabras. La contestación que da al presidente del Tribunal, Montané, cuando le pregutó por qué había asesinado a Marat, retrata su temperamento: "He matado a un hombre—responde—para salvar a cien mil". Tan convencida estaba de ser la salvadora de su pueblo y de haber obrado bien. Y cuando el verdugo le cortaba la cabellera, según costumbre, ella dice sonriendo y con voz apacible esta frase profundamente irónica: "No estoy acostumbrada a esta clase de peinados".

Después subió con aire casi burlesco a la carreta de los ajusticiados. Entre las imprecaciones del populacho atravesó las calles de París hasta llegar al cadalso, erguida la cabeza, serena y altiva. Jamás cruzó por su mente ni a las puertas de la muerte, la idea de haber cometido un crimen al suprimir al hombre que para ella y para otras muchas gentes, era un monstruo de maldad y el principal culpable de la disolución de Francia.

Las Aristócratas

Tal vez ninguna figura de la época revolucionaria ha sido tan discutida ni tan rencorosamente odiada, como María Antonieta, archiduquesa de Austria y reina de Francia. Se ha dicho mucho sobre ella, se le han cargado crímenes infames, se la ha señalado como el genio maligno que precipitó la caída del trono y provocó con sus liviandades la exasperación del pueblo, determinante de horribles matanzas y excesos feroces.

Algunos de sus biógrafos como Lamartine y el más reciente, Stefan Zweig, la tratan con más benevolencia y generosidad, aligerándola de faltas personales y políticas, sin concederle más que una mediocre intervención en los sucesos en que el destino la hizo actuar, colocándola en primeros planos. Zweig la define así: "María Antonieta era de un tipo de carácter medio, ni demasiado inteligente ni demasiado necia. Sin especial tendencia hacia el bien y sin la menor inclinación hacia el mal. De los primeros treinta años de su vida, jamás, ni en lo bueno ni en lo malo sobrepasó la común medida; un alma tibia, un carácter corriente. Sin la irrupción de la Revolución, esta princesa habría vivido tranquilamente como millones de mujeres de todos los tiempos".

Lo cual quiere decir que este autor no le reconoce una relevante personalidad, ni en lo bueno ni en lo malo, capaz de influir poderosamente y por sí misma para hacer cambiar la suerte de la monarquía; pero sí parece fuera de toda duda que su carácter desigual, su aturdimiento, ligereza, insolente ostentación y despilfarro, le formaron un ambiente adverso que contribuyó al desprestigio de la dinastía y el rápido desmoronamiento del trono.

Casada con un monarca bonachón y débil de carácter, buen padre de familia, pero absolutamente inepto para gobernar y para superar las situaciones graves, María Antonieta seguramente tuvo un marcado dominio sobre su marido que le consentía todo a su mujer: fiestas costosas y rumbosas, trajes y joyas de alto valor, y lo que era más serio todavía, una conducta poco edificante o que así lo parecía, irritante para el pueblo en alto grado y mal vista por la corte.

Ya reina a los 19 años de edad, la princesa austríaca no tiene el menor sentido político para regir a un pueblo, ni le interesan sus problemas sociales, ni se preocupa por conocer sus necesidades y aspiraciones. Para ella, la realeza sólo significa disponer de poder y riqueza para brillar y divertirse, sin enojosas responsabilidades. Más tarde habría de arrepentirse de su ligereza, cuando ya era imposible volver atrás y rectificar la conducta.

Fuera de los juegos, de los lujosos atavíos, de los paseos y de aquellas deliciosas farsas representadas en el pequeño Trianón, nada parece interesarle. Cuando se le habla de asuntos serios escucha distraída y procura, con movimientos de impaciencia, acabar pronto con la conversación. Le aburren los libros que exijan atención y rechaza con hastío cualquier asunto de Estado. Lo que le interesa y atrae es gozar, que no se la importune con cuestiones áridas y engorrosas. Cuando la fatalidad la hizo su presa, reconoció el error de haber vivido tan despreocupadamente los veinte años anteriores.

María Antonieta hizo del Trianón—regalo de su esposo—un sitio escondido, refugio exclusivo para ella y sus íntimos. Allí se siente a sus anchas, libre de la etiqueta de la corte, y goza su vanidad en medio de aquel cenáculo que la adula y la galantea. Ni el rey mismo se acerca a ese templo del placer sin ser invitado, pues respeta los usos personales de su esposa.

Tuvo, sin embargo, una fugaz popularidad. La llegada de la adolescente princesa—contaba menos de 15 años—constituyó para el pueblo francés novedosa fiesta. ¡Qué lejanos están todavía los tiempos en que ese mismo pueblo insultaría soezmente a la detestada austríaca! Se casa en Versalles con el delfín, nieto de Luis XV, el 16 de mayo de 1770, en la preciosa capilla mandada construir por el Rey Sol en el apogeo de la monarquía francesa. Al pueblo se le tolera que se regocije con la gran celebración y así lo hace. Entonces todavía le basta y está contento con recibir los reflejos de la suntuosidad regia. Una entusiasta multitud de parisienses, muy distinta por cierto a la del 6 de octubre, se derrama por los jardines versalleses abiertos a todo mundo en esta solemne ocasión. ([1])

Parece que el matrimonio en su vida íntima, no tuvo la felicidad que podía esperarse. El rey era bondadoso de corazón, pero falto de carácter y

([1]).—*El matrimonio de Luis XVI y María Antonieta, tuvo por objeto robustecer la alianza entre las casas de Borbón y Habsburgo. María Antonieta no reunió las cualidades que se requerían para el gobierno de Francia. Desde luego, constituía una grave desventaja el que su persona fuera la representación de la alianza con Austria, un país detestado por los franceses en esa época. Fué eminentemente impopular desde que contrajo nupcias con el futuro Luis XVI. También tuvo la desgracia de no haber recibido una educación esmerada, porque la corte de Viena miraba con gran indiferencia la cultura intelectual, de modo que la adquirida por la archiduquesa era sumamente defectuosa.—Monografías Históricas de la Universidad de Cambridge.—Páginas.* 147-149.

energía. Ella, joven y bella, quizá fué completamente normal y hasta muy femenina y tierna; pero quiso la fatalidad que no encontrara en su marido al hombre fuerte con el que acaso soñara. Aquella niña de quince años no acata las costumbres de una corte severa que impone determinadas formas de vida a la esposa de un heredero. Bulliciosa y alegre, juguetea con sus cuñados, casi tan jóvenes como la princesa, el conde de Artois y el conde de Provenza, provocando murmuraciones que a veces llegaban a la insidia, entre los cortesanos.

La madre de la delfina, la emperatriz María Teresa, conoce perfectamente la peligrosa situación de su hija, colocada en un medio en que la más insignificante falta política y hasta de etiqueta, le ocasionaría disgustos. Nombra su consejero al conde de Mercy, embajador de Austria en Versalles. El astuto diplomático hace conocer a su soberana todos los movimientos, palabras y actos de su hija. Gracias a esta influencia María Antonieta logra sortear muchos peligros que la acechan.

Tres años después de su llegada visita París, en donde es recibida por una muchedumbre que la aclama. Se conmueve con estas manifestaciones, muy distintas a las que presenciará años después, en la decadencia y el desastre. En la gran capital frecuenta teatros y bailes, asiste a fiestas extravagantes en privado, pero jamás se ocupa de conocer siquiera superficialmente, la miseria del pueblo, sus dolores y angustias. Nunca va a un hospital o a un mercado ni le interesa la vida cotidiana de la población.

* * *

Se ha dicho que si otra hubiera sido la conducta de la reina, si se hubiera acercado más a la corte en vez de retraerse con sus allegados, rehusando asistir a muchas ceremonias, sin duda que en los momentos de peligro habría tenido de su parte a la alta nobleza, que llegó a verla con hostilidad. Pero tampoco intenta acercarse al pueblo ni a la burguesía, a los que en el fondo desprecia, y su actitud soberbia y despectiva le enajenó la voluntad de sus súbditos, que acaso la hubiesen amado.

El círculo de la reina vuélvese cada vez más limitado; sólo muy pocos favoritos y favoritas tienen acceso a su intimidad. Culmina su ansia de placeres entre los años de 1776 y 1777 con las diversiones más fastuosas que se suceden en el Trianón, mientras el pueblo sufre hambre y opresión. Los caprichos de la soberana resultan muy costosos y provocan escándalo hasta en la misma corte.

Pasarán todavía años de relativa tranquilidad. En la superficie de las cosas—lo único que ve la reina—nada parece anunciar la futura tormenta. El gobierno padece apuros económicos cada día más apremiantes, pero va saliendo de ellos a fuerza de gravámenes que soportan, con el consiguiente disgusto, las sufridas clases productoras de la nación. ([1])

Entre tanto, las fuerzas ocultas, los resortes invisibles que mueven a todo un pueblo, empiezan a dejarse sentir en sordas expresiones, casi imperceptibles al principio, pero que no pasan inadvertidas a los ojos de quienes saben ver las causas precursoras de los grandes sacudimientos sociales. Sólo la corte y la monarquía permanecen impasibles y ciegas, a pesar de las advertencias del destino.

La reina era versátil por temperamento y quizá una de las causas que más perjudicaron a la dinastía, fué su ascendiente con el rey, al que hacía retractarse de lo que había otorgado. Además, la embriagaban las adulaciones de quienes la rodeaban y envuelta en nubes de incienso cerró ojos y oídos a la ola de descontento que llegaba de fuera. Sus amigos se encargaban de mantenerle una atmósfera ficticia, haciéndola creer que el pueblo la adoraba.

Pero la realidad era muy otra. Precisamente ya por entonces, poco antes del estallido de la sublevación, circulaban los folletos más infamantes sobre su persona y el público admitía como verdaderas, entre risas y burlas, las anécdotas más escandalosas, ciertas o falsas, que corrían de boca en boca.

* * *

Como si no fuera suficiente el abrumador desprestigio que ya pesaba sobre la reina, por sus ligerezas, viene a empeorar su situación la amistad con la condesa Julia de Polignac, mujer de singular belleza, ambiciosa y sin escrúpulos.

Con un apasionamiento muy propio de su modo de ser exaltado y caprichoso, María Antonieta lleva cerca de ella a la nueva amiga que conoce en un baile de la corte y la colma de tantas perrogativas y favores, que en unos cuantos meses se convierte en la favorita de condición privilegiada,

([1]).—*Albert Matthiez nos dice que la hija de María Teresa era linda, coqueta e imprudente. Se lanzaba a los placeres con un ardor insaciable. En tanto que su marido permanecía en Versalles, la reina marchaba al baile de la Opera, recibiendo los homenajes de los más afamados cortesanos. Con cierta verosimilitud, se le atribuían amores con el bello Fersen, coronel del ejército sueco. La reina había perdido su buena reputación desde bastante tiempo antes que la Revolución estallara. El rey casi siempre se sometía a los caprichos de su mujer.—"Historia de la Revolución Francesa". Tomo I.—Capítulo II.—Pág. 30.*

dispuesta a aprovechar la situación del mejor modo posible, en su propio provecho de noble arruinada y de toda su familia cargada de deudas.

El erario fija cuatrocientas mil libras de renta para redimir esas deudas y a todos los parientes de la Polignac se les dan elevados empleos. Se calcula que ese capricho de la reina cuesta al Estado millón y medio de libras anuales; pero la soberana está encantada pues la condesa y toda su parentela la adulaban a coro y divertían.

Es indudable la participación, aunque sea indirecta, que tuvo la Polignac en la caída del trono. No parece, en realidad, que se hubiese mezclado en política ni en asuntos de Estado, que indudablemente no le interesaban, pues su sola ambición se dirigía al dinero y a mantener su situación de privilegio; pero aquellos favores insólitos de que disfrutaba, la debilidad de la reina por su amiga, las sumas tan cuantiosas derrochadas mientras la hacienda pública languidecía, fueron formando un clima de resentimiento y rencor en la corte y fuera de ella, que abarcaba por igual a la reina, a la Polignac y al mismo rey abúlico y complaciente con los caprichos de su mujer.

El nombre de la aristócrata se esgrimió siempre con la mayor virulencia, como una prueba de la corrupción de la corte, en los discursos de las plazas públicas y de las asambleas, así como en los panfletos que profusamente circulaban por París, antes y después del 14 de julio. (1).

* * *

Muy distinta a la condesa de Polignac es la princesa de Lamballe, otra amiga íntima de María Antonieta. El suyo es un caso de lealtad y sincera amistad, realmente excepcional, en una corte corrompida y frívola, como la de Luis XVI, en la que se movían bajas intrigas por conseguir poder y dinero. Pertenecía a la más alta aristocracia francesa, de rancio abolengo. Hija política del duque de Penthievre y cuñada del duque de Orleáns, su fortuna le permitía llevar una existencia independiente. Desposeída, además, de ambiciones políticas, no aspiraba a ocupar posición preponderante en la corte, ni pretendía puestos altos para sí o para sus amigos.

Se dice que la amistad de María Antonieta hacia la princesa, rayaba

(1).—*"El odio contra ella (María Antonieta) era atroz. Aquella pobre mujer hecha para ser una reina de salón en tiempos normales y en alguna apacible corte alemana, había tenido la desgracia de granjearse la hostilidad de todo mundo. Sus tías la detestaban y el conde de Artois llegó a propalar versiones difamatorias contra ella, con motivo de sus estrechas relaciones de amistad con la condesa Julia de Polignac.—"Historia de la Revolución Francesa", por Alfredo Opisso.—Pág. 39.*

en la adoración y en ella había depositado toda la fuerza afectiva de su corazón. Este favoritismo se censuraba, como todos los actos y afectos de la reina, que encontró en esta compañera un consuelo a su infortunio en los días amargos que vinieron después del esplendor de Versalles. ([1])

Ya en la época mala, habitaba en las Tullerías, en un aposento contiguo al de la reina, siempre dispuesta a participar de los peligros y prodigar consuelos a la familia real. Se veía obligada en ocasiones a ausentarse para ir al palacio que habitaba su suegro y cuidar de la salud de éste.

En uno de esos viajes, días antes del 20 de junio, la reina, presintiendo las borrascas que se avecinaban, le había enviado una carta rogándole que no volviera; pero ella regresó decidida a acompañarla en los trances dolorosos. Las turbas que invadieron el palacio la hallaron al lado de su amiga.

En la adversidad es donde se acrecienta la fuerza de su afecto e inquebrantable lealtad. Voluntariamente acompaña a la reina en su prisión del Temple; pero más tarde es aprehendida y encerrada en la Force. Su suegro, que la amaba como si fuera su propia hija, al conocer su cautiverio y comprendiendo el peligro de muerte en que estaba, hizo desesperados esfuerzos para salvarla por medio de agentes sobornadores; pero todo fué en vano. Ya estaba señalada por la fatalidad.

Las terribles matanzas del 2 de septiembre (1793), achacadas a Dantón, la sorprenden en la cárcel, encerrada en una celda que compartía con una de sus doncellas, la señora de Navarra. Llena de angustia y durante mortales horas escuchó el tumulto del pueblo, los golpes de los verdugos que actuaban en la Force y habían constituido en el patio su propio tribunal, como un remedo de legalidad, para justificar sus pavorosos crímenes.

El asesinato de la princesa de Lamballe fué horrible, uno de los más espantosos de los consumados durante el Terror. Debido a las diligencias del duque de Penthievre, agentes de los degolladores simularon que la llevarían a la Abadía, para poder ponerla en libertad sin que la chusma sospechara. Se dice que dentro de este simulacro, cuando dos de los jueces del supuesto tribunal, Hebert y Lhuilier, trataron de obligarla a jurar odio al rey y a la reina, ella se negó con firmeza, no obstante el peligro de muerte que la amagaba. Su lealtad fué inquebrantable hasta el último momento.

Al salir, vió horrorizada el montón de cadáveres mutilados. Ya en la

([1]).—*Stefan Zweig considera que al haber elegido María Antonieta a la princesa como su amiga predilecta, fué relativamente afortunada. Perteneciente a una de las principales familias de Francia, de naturaleza delicada y sentimental, no muy inteligente, pero tampoco una intrigante, no tenía ansia de poder. Sin ambiciones de su parte, corresponde al cariño de la reina con una leal amistad. Sus costumbres son irreprochables y su influencia se limita al círculo de la vida privada de la soberana.—"María Antonieta". Pág.* 135.

calle, había caminado algunos pasos cuando un mozalbete, ebrio de vino y de sangre, intentó, bromeando, arrebatarle con la punta de la pica el gorro que le cubría los cabellos; pero la punta, mal dirigida, rozó la frente de la princesa, brotó la sangre y le cubrió el rostro. Los verdugos al ver manar la herida y poseídos como estaban de satánico exterminio, creyeron que les había sido entregada la presa y se precipitaron sobre ella. Un malvado, de nombre Grizon, la tendió de un garrotazo y los sables y las picas la hirieron. Otro llamado Charlot, la cogió por los cabellos y le cortó la cabeza de un sablazo, mientras los demás desnudaban el bello cuerpo y lo mutilaban sin piedad. Un grupo de hombres marchó con la cabeza de la princesa, colocada en una pica, hasta el Temple para mofarse de María Antonieta. (1)

El profundo dolor de ver la cabeza de su íntima amiga en esas macabras condiciones, le fué evitado a la reina, pues al oír los gritos de la muchedumbre que la llamaba a la ventana de la prisión, Luis XVI impidió que se presentara su esposa. Sin embargo, aquella misma noche se enteró de todos los pormenores del crimen y pudo apreciar el rencor que el pueblo le profesaba, por el encarnizamiento que manifestaba contra todas las personas de su predilección. (2)

Cualesquiera que hayan sido las faltas y errores de la infortunada princesa, quedaron lavadas con su generoso proceder y con la sangre de su espantoso sacrificio. Indudablemente puede ser considerada como uno de los más altos ejemplos de nobleza y devoción a la amistad, que nos presenta la Historia.

* * *

Se cree generalmente, que María Antonieta hubiera podido ser un guía, un valioso consejero de su débil esposo, en momentos de tomar determinaciones decisivas, de haber poseído las cualidades de energía, carácter, inteligencia e intuición política, de una Isabel de Inglaterra o una Catalina la Grande. Pero no las tuvo y esta falta de dotes contribuyeron a la caída

---

(1).—*"La princesa de Lamballe, nos dice Tomás Carlyle, era bella y bondadosa". Y relata el patético momento en que al salir de la Force con el señuelo de que sería llevada a la Abadía, quiere retroceder ante los sables y picas que la rodean, pero ya era demasiado tarde: su destino estaba señalado.—"Historia de la Revolución Francesa". Tomo II. Pág. 44.*

(2).—*Mario Verdaguer dice que el llamado tribunal del pueblo, constituído en una habitación de la Force, la condenó a perecer y fué entregada a los sanguinarios verdugos, desapareciendo su cuerpo repartido en pedazos. Agrega que a María Antonieta no se le escatimó la amargura de ver la cabeza de su íntima y querida amiga sobre una pica.—"Las Mujeres de la Revolución". Páginas 198-199.*

del trono y a la pérdida de la familia real por las torpezas cometidas. La frágil y veleidosa reina pudo ser un ornamento de la corte; pero para defender a una dinastía en condiciones excepcionalmente graves, para indicar el camino salvador a un rey vacilante, se requería el don de gobierno de que ella carecía totalmente. "Su carácter era irregular y variable", dice Lamartine. "Acogida con entusiasmo por una corte perversa y una nación ardiente, creyó que estos sentimientos serían eternos". (El mismo autor).

Vivía la reina en un mundo tan ficticio, estaba tan engreída y embriagada por la adulación, que no se percató de la enemistad del pueblo sino bien tarde, durante las jornadas del 5 y 6 de octubre. Entonces supo que la opinión pública creía en la existencia de un comité austríaco de que ella era el alma, encargado de traicionar a Francia, acusándola de conspirar contra la nación.

Altanera y orgullosa le pareció que cualquiera justificación de su parte sería rebajarse y se encastilló en su soberbia. ¡Bien caro habría de pagar esta actitud retadora! Virtualmente prisionera en las Tullerías, el pueblo respondía con creces a su desdén, pues cada vez que se dejaba ver en las ventanas su presencia provocaba los insultos más bajos de la plebe, que agitada discurría continuamente por las cercanías de la residencia palaciega.

Durante dos años (1790-92), su vida fué un martirio, después del único intento serio que hizo la familia real para liberarse: la fuga frustrada en Varennes para ganar la frontera alemana. Parece ser que por esa época algunos consejos de la reina eran acertados, pero se encontraba con que el rey no quería imponerse y su carácter, siempre oscilante, rechazaba al día siguiente lo que había aceptado el anterior.

En este caos en que el monarca y su esposa se debatían sin encontrar salida, comienza el doloroso calvario de la reina que ya no tendrá fin hasta que ruede su cabeza en el patíbulo. Ya no hubo tranquilidad para los huéspedes de las Tullerías, que más bien eran presos que reyes. Todo se observaba, todo se anotaba escrupulosamente: las palabras, los gestos y hasta las sonrisas y pequeños movimientos. Lafayette seguía vigilando en su papel de carcelero.

No obstante estas desgracias que se acumulaban sobre su cabeza, la reina supo hacer frente con entereza y energía a la adversidad, consolando al rey, inyectándole valor para soportar su destino. Es donde empieza María Antonieta a ser grande ante el dolor y las terribles tribulaciones que, sin embargo, no llegan a doblegarla más que en algunos trágicos momentos. Se transfiguró en una mujer fuerte y su alma se templó en el sufrimiento

de madre, de esposa y de reina; pero como su marido, carecía del genio que combina la prudencia con el valor. Acaso en esta falta de equilibrio debe buscarse la explicación de su cruel destino. Era combativa, pero sin plan ni concierto en sus actos; el rey se sometía, sin que ninguno tuviera el don que hace a los gobernantes dominar las más graves crisis y salir airosos de las situaciones desesperadas.

De aquí en adelante, la reina se convertirá en la personificación de todo lo más perverso y malo. Las pasiones desenfrenadas del populacho la hicieron su víctima propiciatoria y no hubo calumnia que no se le achacara ni afrenta que le fuera perdonada. Para el pueblo, instigado por la demagogia, era el personaje más odioso de la turbulenta época revolucionaria; era la mujer artera que trataba de vender Francia y la culpable de que el pueblo padeciera hambre, por las solapadas maniobras que se le atribuían con los aristócratas, los acaparadores y los agentes extranjeros. Era despreciada como esposa culpable, y la acusaban de alta traición. El nombre de la "austríaca" que le daba el pueblo, compendiaba todo el desdén y odio que inspiraba.

Después de un somero juicio, sumamente bochornoso para ella, pues se le acusó hasta de haber pervertido a su propio hijo, el delfín, muere con entereza en la guillotina el 10 de octubre de 1793. Tenía treinta y ocho años de edad, pero los sufrimientos, las terribles preocupaciones, su lenta agonía, la habían convertido en una anciana de tez marchita y cabellos blancos.

* * *

Isabel de Borbón, hermana de Luis XVI, no inspiraba un sentimiento de popular aversión y más bien parece que era, si no querida, cuando menos respetada por el pueblo. Cuéntase que en una de las jornadas tumultuosas, la muchedumbre confunde en el palacio real a la princesa con la reina y quieren asesinarla, pero la respetaron al ser identificada.

Acompañó a los reyes en su cautiverio y muy de cerca vió el trágico fin de ambos. Después de la ejecución de los esposos, encerradas ella y la princesa hija de Luis XVI en un aposento estrecho y lóbrego del Temple, casi privadas de movimiento, de libros y de cualquier otro medio de esparcimiento, mal alimentadas, pasaron largos días en completa ignorancia de lo que sucedía en Francia y de las complicaciones exteriores de la joven República. Isabel, que había sobrevivido a los reyes, tenía a su cargo la res-

ponsabilidad moral de velar por los dos hijos de su hermano. La reina, antes de subir al patíbulo, se los había encargado muy especialmente.

Su vida, bastante corta, pues apenas llegó a la edad de veinte años, parece que estuvo exenta de las corrupciones de la corte y se deslizó tranquila y llana. Se la consideró siempre como una fervorosa católica de alma caritativa. En las épocas de bonanza presidía la distribución de huevos y leche fresca a los huérfanos y a los necesitados de las inmediaciones de Montreuil, su residencia, en tanto que en la puerta de la calle el jardinero Hubert repartía las legumbres. Estaba más bien hecha para vivir una vida apacible y burguesa de ama de casa, que para los esplendores de la corte. Fué, como su hermano, una inadaptada a su época y a su alto rango social.

Según sus biógrafos era menos bella que la reina, pero graciosa y delicada. Su rostro expresaba "la más dulce benevolencia", montaba admirablemente y tenía pasión por la caza. Se ha querido ver en ella a una mujer llena de virtud, dotada de todas las gracias del siglo XVIII sin las malas costumbres de la época. Quería entrañablemente a su hermano y lo admiraba: "Mi hermano—escribe a una amiga—es de tan buenas intenciones, desea tanto el bien y devolver a su pueblo la dicha, se ha conservado tan puro, que es imposible que Dios no lo beneficie por todas sus buenas cualidades. Es superior a toda la corte reunida".

Ella, por su parte, después de la felicidad de su hermano, sólo anhela el bien público; le merecen en cierto modo alabanza las nuevas tendencias sociales, le agrada que la nobleza renuncie a sus derechos feudales y que el clero haga lo mismo a los diezmos y a otras exanciones. Así pensaba en los albores de la Revolución, cuando el entusiasmo desborda en la Asamblea Constituyente la noche del 4 de agosto.

Aunaba a su carácter apacible y a su temperamento virtuoso, un espíritu de justicia. Sin mezclarse en política y más bien atenta al bienestar de los seres queridos, comprende la necesidad de prestar más atención a los humildes, a los desvalidos, por medio de reformas sociales inevitables y justas. En algunos momentos deplora la debilidad de Luis XVI, pues veía muy bien que era preciso que el monarca afrontara con decisión los peligros de que estaba rodeado. Presentía que de no lograrlo pronto sería destronado. Tuvo tal finura para observar los acontecimientos de su tiempo, que puede decirse previó su triste fin, a pesar de ser tan joven. Estuvo siempre dispuesta para aceptar todos los sacrificios y con mucha anterioridad a su muerte "se expresa como una moribunda", dice Gautherot.

Repudió la política de la emigración. Con más agudo sentido de las

cosas que su hermano, sólo ve la salvación en medidas decisivas de la voluntad real y en el apoyo de la nación francesa. Esta animadversión a la fuga, a huir de la borrasca cada vez más amenazante, no sólo fué teórica sino que la demostró con hechos. Pudo haber salido al extranjero a tiempo, con sus tías, pero prefirió quedarse y correr la misma suerte de Luis XVI y de María Antonieta.

Su calma era inalterable; lo mismo en la prosperidad que en el desastre, la resignación, la paciencia y una bondad innata, la caracterizan como tipo de mujer sobresaliente, de mujer que a pesar de su corta edad, tuvo la fortaleza de ánimo suficiente para arrostrar la prisión y la muerte sin quejas ni protestas. Su serenidad jamás se desmintió, ni al subir al cadalso.

Al ser acusada ante el tribunal de traición a la patria, su indignación no tuvo límites y contestó al procurador con palabras que parecían "como latigazos". El populacho sintió esta grandeza de alma, la admiró y tuvo respeto para la juvenil víctima, realmente inocente, evitándole las brutales injurias que no escatimó para otras al ser conducidas al suplicio ([1]).

* * *

En contraste con la energía y valor con que subieron al cadalso cientos de mujeres de todas las clases sociales, María Juana Gomard de Vaubernier, conocida con el nombre de Mad. Dubarry, llegó a la muerte presa de un pánico conmovedor, de un miedo invencible que sacudía su cuerpo y no la abandonó ni en el último momento, porque "no moría por una opinión, ni por una virtud, ni por un ideal", dice Lamartine. Y esto seguramente es cierto, pues a la mujer mundana en el instante supremo le faltó la entereza de la virtud, ya que carecía de todo sentimiento que no fueran la vanidad y la ambición.

Procedente de la hez popular, tiene un pasado oscuro. El conde Dubarry la encuentra accidentalmente y poco escrupuloso piensa desde luego que esa belleza nada vulgar, puede llevarlo hacia la fortuna. Por su parte, Juana ve en el noble la posibilidad de una vida mejor, de salir de las estrecheces en que vivía.

Luis XV la conoce en una ceremonia y llega a sentir por ella una pasión arrolladora. Poco después sería la favorita oficial, sucesora de Mad. Pompadour, y desde entonces lleva una vida ostentosa en Versalles, ante

([1]).—*"Fué una de las últimas víctimas del Terror. Antes de ella habían muerto en la guillotina, en menos de quince meses, 374 mujeres." Mario Verdaguer.—"Las Mujeres de la Revolución." Página* 186.

los escandalizados ojos de las hijas del rey; pero ella tiene todo el poder y los cortesanos la rodean adulándola. Es la dominadora, la que manda sobre la débil voluntad del viejo monarca y por su conducta, escándalos y despilfarros, no es poca la responsabilidad que le corresponde en los excesos revolucionarios que vinieron más tarde, pues desde entonces se gestó el ambiente favorable para su desarrollo.

Los diplomáticos se reunían en su antecámara y reyes y príncipes le enviaban presentes. Puede destituir ministros, repartir cargos, disponer del tesoro real a su arbitrio. Es una verdadera soberana de alcoba y recibe como una reina los homenajes de aquella nobleza depravada y aduladora. El poder efectivo lo tiene la Dubarry, pues domina completamente al rey y era tanta su influencia que hasta llegó a temerse que la falta de entendimiento entre ella y la delfina María Antonieta, ostensible desde el primer momento en que se conocieron, provocara un rompimiento de la alianja franco-austríaca. La misma emperatriz de Austria, María Teresa, se vió en el caso de intervenir por conducto de su embajador Mercy para aplacar las desavenencias entre su hija y la favorita.

Enferma el viejo rey y se separa de la condesa para obtener la absolución de su confesor. Poco después sobreviene la muerte de Luis XV, sube al trono Luis XVI, y la Dubarry es desterrada de la corte; pero ese destierro es brillante, pues con las inmensas riquezas que le había dado su regio amante formó una pequeña corte en la que ella reinaba en el pabellón de Luciennes, cerca de París, junto a los bosques de San Germán. El viejo duque de Brissac se había unido a ella enamorado de su belleza.

Acostumbrada a un ambiente muy distinto, a los primeros brotes de inquietud popular la condesa Dubarry mostró sincero aborrecimiento a la Revolución, reinado del pueblo que hablaba de virtud. Aunque apartada de la corte lamentaba la desgracia en que habían caído los reyes y la nobleza, deplorando sus desdichas. Entonces se consagró a la causa del trono y de la emigración conspirando, aunque no de manera muy comprometedora.

Después del 10 de agosto hizo un viaje a Inglaterra y en Londres llevó luto por la muerte de Luis XVI. Su gran fortuna la empleaba para aliviar en el destierro las desgracias de los emigrados, pero la mayor parte de sus riquezas habían sido enterradas por ella y por el duque de Brissac al pie de un árbol del parque de Luciennes.

La avaricia la perdió, pues al morir el duque asesinado no quiso confiar a nadie el secreto de su tesoro y aún a riesgo de su vida decidió regresar a Francia para llevárselo al extranjero. La vendió un joven negro lla-

mado Zamora, a quien había educado por un capricho de aristócrata, como quien cria a un animal doméstico, demostrando por el muchacho interés casi maternal.

Fué juzgada y sentenciada sin discusión, presentándola al pueblo la justicia revolucionaria como uno de los grandes estigmas del trono, como un grave pecado de que debía purificarse la República. Marchó a la muerte entre las rechiflas de la multitud y al caminar hacia el patíbulo en la carreta, no cesaba de implorar compasión en los términos más humillantes. Lloraba y sus gritos desgarradores dominaban el chirriar de las ruedas y los murmullos del populacho.

Con desesperación rayana en locura, imprecaba a todos para que la salvasen y con lamentos conmovedores pedía la vida, a la que estaba fuertemente arraigada, a cambio de su arrepentimiento, de sus riquezas, de cualquier sacrificio que se le exigiera en aras de la República.

El público, acostumbrado a las diarias matanzas, contestaba a los lamentos de la vieja cortesana con sarcasmos, risas y frases hirientes. Su camino hacia el suplicio fué una tremenda expiación y sus gritos desesperados no dejaron de escucharse hasta que rodó la cabeza de la víctima en el cesto.

"Nuestra Señora de Termidor"

Inquieta, bella y fogosa, se nos muestra Teresa Cabarrus, después Mad. Tallien; sinceramente conmovida, a veces, ante el dolor humano que toma los más trágicos perfiles en su época; atemperadora de excesos con su suavidad y gracia femeninas; de carácter frívolo y algo teatral en ciertas ocasiones, pero decidida y valiente cuando pruebas difíciles lo requieren, este raro tipo de mujer, ligero y grácil, dominante y altivo al mismo tiempo, hace del amor un arma poderosa que empleada quizá con el único fin de salvar la propia vida, cuando la esgrime su fina mano, produce la hecatombe de un sistema, al parecer inconmovible, y el derrocamiento estruendoso de los hombres fuertes que habían aniquilado al trono, a la nobleza y también a los partidos revolucionarios, que se les oponían en su camino de dominio absoluto.

"Nuestra Señora de Termidor" la han llamado por la decisiva influencia que ejerció en la célebre jornada que llevó al patíbulo a Robespierre y a su grupo. Sin duda que el golpe se venía gestando sordamente en la Convención y había conspiraciones y conciliábulos secretos; pero también es cierto que nadie se atrevía a lanzar francamente el reto, por el temor que inspiraba el Incorruptible, amo entonces de la Asamblea, de los comités y del Club de los Jacobinos.

Fué Tallien convencional acomodaticio y dócil instrumento de las facciones; pero cuando llegó el momento de actuar valerosamente a impulsos de su mujer, hizo reaccionar a la acobardada Convención y convirtió aquel cuerpo incondicional del tirano, en su acusador implacable y verdugo. Estaba poseído de la enloquecedora desesperación que le causaba ver a Teresa, su gran amor, en inminente peligro de ser decapitada.

Claro es que la conspiración, ya en marcha, no habría dejado de estallar; pero quizá sin la intervención tan oportuna de Tallien, el 9 Termidor hubiera tomado otros rumbos, ocasionando más víctimas, y acaso hubiese fracasado con imprevisibles consecuencias. Parece, pues, fuera de duda, que el impulso dado por una mujer a su amante, determinó en un momento

histórico la transformación de un régimen inflexible y atrozmente sanguinario

* * *

Teresa Cabarrus nació en Madrid, de madre valenciana. Su padre, Francisco Cabarrus, había ocupado altos puestos en el gobierno español y desde joven se revela como hombre ambicioso, pues de oscuro comerciante en jabones en Carabanchel, se convierte en prominente financiero y poco después toma la dirección del Banco de San Carlos. Ya en situación bonancible, el matrimonio hace frecuentes viajes a París con su hija. Allí Teresa conoce a Mr. Devin, marqués de Fontenay, consejero del Parlamento de París y contrae con él matrimonio a la temprana edad de dieciséis años. Se dice de ella que "tenía el fuego del Mediodía, la languidez del Norte y la gracia de Francia, y podía considerársela como el compendio de belleza de todos los climas". Y mientras el marqués gastaba bonitamente la dote de su mujer, ella no soñaba más que en virtudes cívicas, recompensas patrióticas y concedía al entusiasmo republicano socorros fraternales.

Teresa, acaso por su temperamento, era una aliada de los girondinos. A la caída de éstos se dispuso a huir con su marido arruinado y perseguido, encaminándose a España, su tierra natal. Al pasar por Burdeos fué detenida y encarcelada, como sospechosa, juntamente con Fontenay, por el procónsul Tallien, hijo de un hombre que se había educado bajo la protección de una familia ilustre.

A Tallien se le pinta como al tipo que tenía la distinción y hermosura de una nobleza refinada y la brutalidad ardiente de la plebe. Era un dominador que se hacía temer más que amar. Tres veces le había visto Teresa en París: una en casa de Mad. Viegeé Lebrun, otra en casa de Alejandro de la Mette y una tercera en la Convención. Ahora Tallien había instituído en Burdeos la tiranía y era el brazo derecho de Robespierre.

Gobernaba la población como soberano de una provincia conquistada, más que como delegado de la Convención nacida del pueblo. y conservaba dentro de la República, según Lamartine "los gustos, la elegancia, el orgullo y hasta la corrupción de la aristocracia".

La joven y bella española de imaginación ardiente, partidaria de los caídos girondinos, hallábase de pronto detenida en su viaje a España. Era, sin embargo, republicana de corazón, pues desde su niñez, las persecuciones que había sufrido su padre en Madrid, la habían enseñado a detestar el

despotismo y amar la libertad que ella encontraba, o creía encontrar, en la Francia revolucionaria a la que la ligaban fuertes lazos por su origen y educación.

* * *

Aquí comenzó el idilio de estos dos seres, al parecer tan distintos, que casualmente se encontraron en una encrucijada del destino y en circunstancias de sobra dramáticas. La prisionera se convirtió pronto en el alma e inspiradora de aquel hombre feroz; pero la poderosa influencia que llegó a ejercer sobre su amante, la utilizó en gran parte para atenuar las matanzas y dulcificar las penas de los condenados.

Por aquella época, Burdeos temblaba con sólo oír el nombre del implacable Tallien; mas la señora de Fontenay tuvo bastante valor para arrostrar su enojo y supo ser suficientemente seductora para cautivarlo. El que hacía temblar a muchos, se humilló y desde entonces Tallien ambicionó más que nunca el poder para compartirlo con ella. Como todos los hombres apasionados hizo ostentación de aquel amor ante el pueblo y se mostró hasta insolente con sus colegas.

Mientras tanto, las cárceles rebosaban de presos, los emisarios del representante del pueblo perseguían a los sospechosos en los campos y la sangre corría a torrentes en el cadalso. "Tallien paseaba a Teresa entre los aplausos de Burdeos. Vestida con ligeras telas, como las estatuas griegas, con una pica en la mano, tomaba la actitud de la Diosa de la Libertad; pero la joven española experimentaba más placer en desempeñar en secreto el papel de la dignidad del perdón. Como imperaba en el corazón del que disponía de la vida y de la muerte, se veía suplicada y adorada. Al cadalso no subieron ya más que las personas directamente designadas por el Comité de Salvación Pública, como peligrosas a la República, y los jueces, a imitación de los representantes, templaron su sanguinario furor. El amor de aquella mujer consiguió atenuar el terror y los habitantes de Burdeos mostráronse contentos con el proconsulado oriental de Tallien" ([1]).

Quería Teresa la popularidad para aprovecharla en templar los castigos, y se presentó en los clubes tomando la palabra con su vehemencia acostumbrada. Su aspecto la ayudaba: vestida de amazona, con la hermosa ca-

([1]).—*Lamartine* ("*Historia de los Girondinos*"). *Tomo III.*— *Páginas* 186-187.

bellera tocada con airoso sombrero de penacho tricolor, pronunció varios discursos republicanos que eran delirantemente aplaudidos por el pueblo ([1]).

Por su parte, Thiers nos dice que se rebeló contra el Terror por resentimiento, y por vanidad habíase interesado en todos los infortunios. Así en Burdeos como en París no cesó ni un momento en representar el papel de solicitante con una gracia irresistible. Ella fué la que supo dulcificar la severidad proconsular que su esposo desplegaba en la Gironda, inspirándole sentimientos más humanos, y quería que fuese pacificador y reparador de la Revolución.

Según el mismo autor, atraía a su casa a todos aquellos que habían estado al lado del procónsul; procuraba ganarlos lisonjeándolos; hacíales esperar el reconocimiento público, el olvido de lo pasado que varios necesitaban, al mismo tiempo que les prometía veladamente el poder que entonces más bien podían esperar los enemigos del Terror que sus partidarios. Para esto rodeábase de otras mujeres que la ayudaban en su plan, entre ellas la viuda del general Alejandro Beauharnais, después emperatriz de Francia, joven criolla de gran atractivo.

A estas reuniones concurrían hombres sencillos y a la par exaltados. Los sentaba a su mesa junto a otros invitados que habían sido aristócratas, ricos o especuladores. De este modo, no faltaban algunos miembros de comisiones que se dejaban arrancar durante una comida, ciertos servicios, y así una mujer nacida de la clase del comercio, casada con un aristócrata del antiguo régimen y que había llegado a ser la amante de un acalorado revolucionario, se encargaba de reconciliar a hombres de la nueva era, a veces groseros y casi siempre fanáticos, con la elegancia, el buen gusto, las diversiones, la libertad de costumbre y la diferencia de opiniones, pues todas cabían en el cenáculo. Cooperaba en esa forma para que la Revolución saliera de sus extremos fanáticos y se encaminara por otros senderos más suaves y humanos.

Naturalmente, los revolucionarios extremistas no se presentaban en esas tertulias y si alguno asistía iba inmediatamente a su tribuna a declararse contra la Cabarrus y contra los aristócratas y proveedores que llevaba tras sí. Ellos no tenían más reuniones que sus clubes y comités de secciones, donde no iban a divertirse, sino a desahogar sus pasiones. Sus mujeres, muy distintas a las que acudían a la casa de los Tallien, se presentaban en traje popular en las asambleas para alentar proposiciones de proscripción y muerte.

([1]).—*"Tallien vivió maritalmente con la hermosa Teresa Cabarrus, hija del director del Banco de San Carlos. Una Dubarry moderna que él había sacado de la cárcel y que exhibía tocada con el gorro frigio en las fiestas cívicas". Albert Matthiez. "Historia de la Revolución Francesa." Tomo III, Página* 156.

* * *

Pero en aquellos tiempos tal posición era insostenible. Pronto resintió Teresa los resultados de su conducta, entre alocada y altruista, al verse encerrada en un calabozo de la Force, acusada de complicidad con aristócratas, acaparadores y traidores. En realidad, su delito consistió en haber ablandado el republicanismo del representante de la Convención en Burdeos y de haberle quitado muchas víctimas a la guillotina.

El temible Comité de Salvación Pública por fin había logrado arrancarla de la protección de Tallien. Allí, en la lóbrega prisión, encontró a su amiga Josefina de Beauharnais, con la que la unía un estrecho afecto. La orden de captura había sido firmada por Maximiliano Robespierre y ya en la cárcel fué objeto de vejaciones.

A los interrogatorios preliminares, no se dignó contestar y mostróse orgullosa y altiva; pero cuando quisieron hacerla firmar una declaración en la que aparecía que el ciudadano Tallien había traicionado a la República en Burdeos, protestó airada y se negó a ello. Viendo ya muy de cerca a la muerte, pues bien sabía que entonces estaba descartada la palabra perdón, no suplicó ni imploró piedad, no se abatió en la desgracia. Fiada en su buena estrella, que nunca la abandonó, y sabiendo el ascendiente que tenía sobre su amante, obró en la forma rápida y segura con que suelen hacerlo los temperamentos pasionales.

Una tarde de Termidor, al llegar a su casa Tallien encuentra sobre las baldosas de la entrada, un lacónico billete firmado por Teresa, que decía: "Han venido a anunciarme que mañana compareceré ante el tribunal, lo que quiere decir que subiré a la guillotina. Soñé la pasada noche que Robespierre ya no existía y que las prisiones habían sido abiertas; pero gracias a tu insigne cobardía ya no habrá nadie en Francia capaz de realizar semejante sueño". El recado venía de la prisión y a su lado estaba un pequeño puñal ([1]).

Al día siguiente Tallien vence su miedo y logra impedir que se escuche en la Asamblea la voz del tirano, la voz de Robespierre, que por mucho tiempo había sido el amo. Y grita desesperado: "¡La sangre de Dantón te ahoga!" Esta frase fué la señal para agrupar a los comprometidos en la

([1]).—*"Tallien recibe una nota de Teresa en la que le comunicaba que había sido condenada a morir en la guillotina y en donde lo incita a hacer desaparecer a Robespierre. No es la Revolución que mueve a Tallien y lo despierta; es el latigazo de Teresa Cabarrus. Cuatro días más tarde los cadáveres de Robespierre y de los guillotinados del Termidor, eran arrojados a la fosa común del cementerio de Errancis. Teresa Cabarrus estaba libre y había matado a Robespierre". Mario Verdaguer. "Las Mujeres de la Revolución." Página 38.*

conjura, atraer a los indecisos y provocar la hecatombe de un régimen, epilogado días después al caer las cabezas de los terroristas en la cesta de la guillotina. ¡La había inspirado una mujer aferrada desesperadamente a la vida...!

"Nuestra Señora de Termidor" por fin había vencido al hombre más temible de su tiempo. Su angustioso llamado tuvo la facultad de galvanizar un carácter pusilánime y de encarnar en Tallien la aspiración de una inmensa mayoría de convencionales, antes no manifestada por el miedo, que era también en ese momento histórico, el sentir del pueblo francés. Ella supo dar vida a ese sentimiento popular y su intervención hizo cambiar enteramente el curso de la Revolución. ¿Para bien, para mal del gran movimiento social? Eso ha sido muy discutido y seguramente se seguirá discutiendo; pero lo cierto es que la mediación de esa extraordinaria mujer en instante tan crítico, pudo hacer con su gracia y su talento, que surgiera lo que estaba latente, pero oculto por el terror. Fué la chispa que provocó la hoguera y cerró un ciclo histórico.

En realidad, a la bella española toda la vida le sonríe la fortuna: en la época más turbulenta de la Revolución, bajo el Terror, en el Directorio, el Consulado y el Imperio. Después de Termidor es la beldad más de moda en París y reina sobre la frívola sociedad del Directorio, ansiosa de placeres y de olvido ([1]).

Abandona a Tallien y después de vivir entre fiestas y lujos, bulléndose siempre en interminables aventuras, se casa en terceras nupcias con el conde de Caraman, quien poco después de su matrimonio recibió el título de príncipe de Chimay. A la avanzada edad de sesenta y dos años muere aquella ardiente y turbulenta mujer, princesa de Caraman-Chimay, ex condesa de Fontenay y conocida en la Historia con el nombre de Mad. Tallien. Terminó sus días, después de su azarosa existencia, respetada por todos y rodeada de hijos.

([1]).—*"Mad. Tallien era de las más hermosas mujeres allegadas a la nueva reforma. Usaba trajes que tenían cierto carácter de antigüedad y su salón durante el Directorio era el más brillante y frecuentado por los hombres destacados del antiguo y del nuevo régimen." Thiers. "Histoire de la Revolution Francaise". Tomo VIII. Página* 182.

"Nuestra Señora de la Paz"

Quizás con el mismo derecho con que se llama a Mad. Tallien "Nuestra Señora de Termidor", podría designarse a María Gabriela Chambon, después Mad. Chasnier, "Nuestra Señora de la Paz", por su infatigable celo, por su enérgica intervención no exenta de peligros que pudieron llevarla hasta la muerte, para conseguir la pacificación de la Vendée.

Es casi seguro que su alma abrigaba sentimientos monárquicos, o cuando menos contrarios a la República. Su simpatía manifiesta por el jefe chuán Charette, así parece demostrarlo; pero sobre ese afecto personal debemos ver sus nobles afanes de pacificadora incansable. Para conseguir sus filantrópicos propósitos logra atraerse a los jefes republicanos y está a punto de lograr su objeto, cuando un suceso inesperado, la trágica muerte del delfín en el Temple, echa abajo todos sus planes.

Se ha dicho de ella que su vida más que real, parece arrancada de un poema romántico. Su valor temerario, abnegación, pureza de sentimientos y entusiasmo por una causa que ella creía justa, la colocan entre las figuras de mujer más dignas de su época. Jamás estuvo manchada de sangre, de bajo interés ni de sexualidad.

Su personalidad comienza a destacarse el año de 1793, en una noche trágica, cuando los negros de la Martinica, su tierra natal, se sublevaron a los impulsos de las nuevas corrientes de libertad, que partiendo de Francia habían invadido sus colonias. Mil quinientos esclavos de la plantación de su marido, el opulento colono Chasnier, permanecieron fieles. Este milagro, en la espantosa orgía de sangre que se desencadenó después de la sublevación general, lo había realizado una mujer: María Gabriela Chambon. Hasta esa región de la isla no había llegado todavía el motín, mientras en otras partes sólo se veían las rojizas llamas del incendio que todo lo devastaba.

María, después de dominar con su sola presencia a un grupo de feroces rebeldes que se presentaron en su casa, mientras su marido estaba poseído de terror, organizó con los colonos que quisieron seguirla, una tropa

con la que consiguió rechazar a los sublevados, más numerosos, hacia el interior de la isla. Su propósito era elevado y generoso: salvar del cataclismo y de la muerte a las mujeres y a los niños de los blancos, gravemente amenazados y víctimas inocentes de aquellas turbas desatadas.

Pronto quedó dominada y dispersa la gente de Gabriela y hubo un momento en que ella se vió casi sola. Sus más allegados partidarios, la obligaron casi a la fuerza a huir en un yate.

Llegada a Francia se establece en Nantes, en pleno período revolucionario. Su marido, profundamente abatido por los sucesos de la Martinica, no pudo sobrevivir y falleció a los dos meses de haber llegado, el 12 de junio de 1793. La viuda se instala con sus dos hijas y dos de sus más fieles criados, Milord y Honorina, en una pequeña casa retirada del centro de la ciudad, donde contempla escenas de destrucción y de muerte.

En efecto, ofrecía entonces Nantes un espectáculo desolador, millares de vandeanos, desgarrados y macilentos, llegaban hasta allí huyendo de las fuerzas republicanas que habían invadido el Bocage y quemado sus viviendas. Caían diariamente montones de cabezas de aquellos desdichados que podían escapar de la destrucción de sus ciudades y aldeas, pero no de la mano vengadora de la Revolución que abría sus cárceles para llevarlos después a la guillotina, donde morían cientos de personas.

Por los mismos vandeanos conoce Gabriela las audaces y legendarias hazañas del chuán Charette, quien mantiene en jaque a los "azules" y con un puñado de hombres, se burla de los generales que ha enviado la República para perseguirlo.

Un día, el negro Milord, de estatura corpulenta, se presenta en el tribunal para denunciar a su ama, asegurando, además, que se hallaba en posesión de datos preciosos sobre la existencia de un importante foco contrarrevolucionario. Conducida ante sus jueces la señora Chambon, su altivez, su porte distinguido, su serenidad y valor a toda prueba, desarmaron al presidente Goullin y quedó por lo pronto en libertad; pero se había hecho altamente sospechosa a los patriotas, que la señalaban como traidora a la causa nacional. Su casa es registrada con pocos resultados, pues nada se encuentra comprometedor para ella. No obstante, es aprehendida y se la conduce al convento del Buen Pastor, transformado en prisión y en antesala de la muerte. La señalaban como "la ciudadana Chasnier, la americana, mujer conocida por sus ideas liberticidas".

La fiel criada Honorina, la negra cuya conducta enteramente opuesta a Milord contrasta por su lealtad con la fea traición de éste, no descansó

un solo momento en su lucha por salvar a su ama, después de haber logrado para las niñas abandonadas, hijas de la ama, un amparo con la señora Malherbe.

Esta magnífica mujer, con su robusto aspecto, con su modo de hablar y con su decisión, consiguió lo que quizá no hubieran logrado influyentes defensores: la orden de libertad de la señora Chambon. Su intervención no pudo ser más oportuna, pues tres días después del excarcelamiento, los prisioneros del Buen Pastor eran conducidos a bordo de una barcaza, la que llevada lejos de la costa fué hundida.

* * *

Los días de encierro tuvieron la virtud de convertirla en una entusiasta vandeana. Pocos días después contemplaba cómo regresaban a Nantes los restos de las fuerzas republicanas que habían ido a combatir a Charette, destruídas por el general rebelde en los alrededores del Bocage.

Los vandeanos que habían quedado en Nantes, no podían comunicar a su cabecilla los preparativos bélicos e intenciones de los jefes republicanos. Aquí surge nuevamente la valerosa mujer que se ofrece desinteresadamente para llevar mensajes al campo realista. En febrero de 1794 salió de la ciudad vestida de campesina. Llevaba escondido un naipe en el que se puntualizaban los caminos donde se concentraban las fuerzas "azules", qué contingentes tenían y el general que las mandaba. Se vió obligada a pasar a nado dos ríos, el Sevre y el Lognon, y atravesó peligrosos pantanos. Regresó a Nantes con instrucciones secretas de Charette.

La situación se complicaba cada día, pues Bourbatte llegó de París, anunciando el firme propósito de la Convención de terminar de una vez con Charette. Ya para entonces el representante Carrier había abandonado Nantes, dejando una estela de miles de víctimas.

María Gabriela concibió entonces una idea al parecer irrealizable para salvar al cabecilla y a su gente, así como para evitar más derramamiento de sangre. Tuvo la audacia de introducirse a la misma madriguera de sus enemigos, ocupando una habitación que se alquilaba en el primer piso del palacio de Villestreux, donde se alojaban los convencionales.

En la primavera del 94 pasaba largas horas en su balcón, mientras sus enemigos charlaban descuidadamente de política a un paso. Oía, observaba y anotaba cuanto pudiera ser interesante para sus fines. Un convencional importante se hizo amigo suyo y otros más, que durante el día se hallaban

abrumados por los asuntos públicos, en la noche iban a pasar alegremente la velada en la casa de su atractiva vecina.

Era así como su atrevido proyecto se iba realizando poco a poco. Tuvo, además, la osadía, de llevar en calidad de cocinera a la propia hermana del general Charette y de criado al caballero de la Batardiere, proscripto que había logardo burlar de continuo a la policía de la localidad. Los emisarios del ejército vandeano que llegaban a Nantes con alguna misión, penetraban tranquilamente al departamento de María Gabriela.

Ya con esta ventajosa posición y contando con la benevolencia de los convencionales vecinos, dió pasos más temerarios. Conociendo que aunque por el momento Charette parecía invencible, no tardaría en sucumbir, se arriesgó a todo. Habló con el convencional Bo exponiéndole la absurda idea: Lo más práctico, según ella, sería atraer a los sublevados por la dulzura, asegurándoles el perdón si regresaban a sus hogares, con la promesa de no volver a atentar más contra las instituciones republicanas.

El jefe revolucionario acéptó en principio la proposición. Con un agente mandó al campo chuán una carta, insinuando la rendición; pero los rebeldes, lejos de aceptar esta mediación que se les presentaba, contestaron con altanería recordando la destrucción de sus hogares y los asesinatos perpetrados en sus mujeres e hijos. "Vivir o morir por el rey, tal será nuestra constante divisa", respondieron el 1º de julio de su era, "el año II del reinado de Luis XVII".

Mad. Chasnier sabía insistir y supuso que entre los dos campos podría haber parlamento. Días después reunía a su mesa a los convencionales Ingrand y Bo. Les habló de su tema favorito: de la fraternidad, de la paz, de la prosperidad de la República, de que debían terminar las luchas en Francia, substituyendo con el amor el horror de la guillotina.

* * *

El Terror había concluído. La noticia de la caída de Robespierre llegó a Nantes por esos días y los ciudadanos creyeron ver en la criolla un símbolo de las ideas nuevas. Para entonces su influencia era tal, que nada le era negado y abría a los desdichados las puertas de las prisiones. Contaba con el respeto y amor de la ciudad, y los convencionales llegaron a veces hasta admirarla.

Substituídos Ingrand y Bo, llegó de París Ruelle, con la misma consigna de acabar con Charette. También a este personaje consiguió atraerlo María

Gabriela, convenciéndolo de que era preferible usar de la clemencia en vez de los actos violentos.

Contando con la autorización del nuevo convencional, la incansable mujer entró directamente en acción, dirigiéndose al campo vandeano donde se entrevistó con el Jefe. A su regreso, la ciudad la esperaba con viva ansiedad, pues en el ánimo de todos estaba acabar con aquella despiadada guerra. Los republicanos llegados de París, hacían preparativos para la amnistía y hasta algunos vandeanos aparecieron en Nantes.

Se llevó a cabo la entrevista, al fin, entre los convencionales y Charette, en el camino de Clisson, llegándose a un acuerdo preliminar que hacía presentir la paz. El jefe insurgente fué a Nantes, dirigiéndose a la casa de Mad. Chasnier, como un homenaje a la noble mujer, que con su desinteresada intervención había procurado que al fin cesara el derramiento de sangre entre hermanos. Pero nada se consiguió al cabo, pues al conocerse el triste fin del delfín en el Temple, al que los chuanes consideraban como Luis XVII, esto echó abajo todo arreglo posible, ya que una de las cláusulas del compromiso garantizaba la vida del hijo de Luis XVI.

Una vez más, con su infatigable carácter, María Gabriela trató de mediar entre los dos bandos para que no se rompiera una paz tan trabajosamente lograda. Todos sus esfuerzos resultaron vanos, pues por nadie fué escuchada y la República concentró todos sus elementos contra los rebeldes. Charette permaneció al parecer invencible hasta el otoño de 1795 en que luchaba todavía; pero su ejército se iba diezmando por cansancio y por el empuje de los soldados republicanos.

Después de numerosas peripecias, Charette se encuentra el 22 de marzo de 96 en la aldea de Luce, agotado, casi solo. Emprende una huída incesante, hasta que al fin es aprehendido y fusilado en Nantes. María Gabriela vió pasar al "Rey de la Vendeé" cuando era conducido al suplicio y creyó morir de angustia. Aparte del afecto que profesaba al jefe rebelde, veía toda su obra, tan empeñosamente forjada durante largos años, derrumbarse. Abandonó la ciudad y consiguió un pasaporte para Inglaterra, a donde se dirigió acompañada de sus hijas.

Hasta pasado el 18 Brumario regresó a Francia y se estableció en Nantes. Llevó una vida apacible, vió pasar el Imperio y la Restauración, fué recibida con amabilidad por el rey Carlos X y después de una larga existencia se vió sumida en la miseria, muriendo a la edad de noventa años, ya enteramente decrépita, esta noble mujer, "Nuestra Señora de la Paz". Su fiel criada, la negra Honorina, tan anciana como su ama, no la abandonó jamás.

Una Monárquica Vandeana

María Adelaida de la Rochefoucauld sí abrazó francamente la causa de la monarquía. Mujer muy bella, nacida en América, en la provincia de Nueva Granada, hija del rico plantador Luis María de la Touche, había tenido una infancia independiente, creció en la libertad de los campos y en ellos se templaron su cuerpo y su carácter.

Se casó con un marino francés, el conde Pedro Luis María de la Rochefoucauld, quien se enamoró de ella, contrajo matrimonio y se la llevó a Francia. El marido emigró en 1791 y ella se quedó sola en una granja con dos pequeños hijos. Su temperamento no le permitía llevar aquella vida quieta, y su malestar aumentaba al enterarse de los acontecimientos: la prisión de Luis XVI, el asesinato de los clérigos y otros excesos.

En el Bocage, tierra adicta a la tradición, donde vivía la dama, la inquietud comienza a hacerse sentir. En 92 circula el rumor de que el caballero Charette ha reunido una pequeña tropa para combatir a los soldados de la Revolución. María Adelaida se siente atraída por la aventura y su natural instinto la lleva a la lucha. Convoca a sus campesinos, monta a caballo y convertida en amazona guerrera se interna en el bosque.

Se reune con Charette y vive un idilio bélico al lado del cabecilla vandeano. Llevaba un gran sombrero de fieltro con la escarapela blanca del rey y al cinto dos pistolas y el cuchillo de caza. Charette, además de su amante, la hizo su compañera de aventuras. Ella dominaba como una reina en aquella pequeña corte, en que la galantería alternaba con los combates. De este modo, entre batallas y bailes, se esperaban los días victoriosos del triunfo, que nunca llegó.

Esta vida pintoresca seducía a María Adelaida, pero de pronto los republicanos avanzan en la Vendeé con empuje irresistible. Charette ordena la evacuación de Legé y todos se amontonan, guerrilleros y civiles, a lo largo de los caminos, en precipitada fuga. María Adelaida se disfraza de campesina el día de la huída y seguida de su fiel escudero Thomazeau, abandonó el cuartel general al fulgor del incendio provocado por los soldados

del jefe republicano Kleber. Algunos vandeanos se unieron a ella en el lugar en que se había ocultado y formaron una pequeña tropa que siguió a la banda de Joly. Un espía entregó a la bella guerrera, descubriendo su escondite.

Y aquella mujer decidida y valiente en los trances más duros, a la vista de la guillotina flaqueó y se acobardó, perdiendo toda su dignidad y entereza. La cuchilla no pudo decapitarla y murió fusilada ante un pelotón de soldados, pidiendo gracia; pero como era habitual, nadie se apiadó de ella.

Su falta, en realidad, consistió en haber seguido los impulsos de su impetuoso carácter; pero eran los tiempos en que esos pecados no se perdonaban a nadie. Su influencia por su belleza, seducción natural y arrojo, entre aquellos campesinos fanáticos fué grande, pues logró inducirlos hasta el sacrificio, ante la avalancha incontenible de las fuerzas republicanas.

Tres Belicosas

I

En las jornadas del 5 al 6 de octubre, fase preliminar de la violencia que después ejercieron las masas populares contra los reyes y la aristocracia, las mujeres tuvieron papel preponderante. Y Theroigne de Mericourt figura en primera línea como alma y guía de aquella turba femenina, extraída de los más bajos fondos sociales.

La chusma, formada sobre todo por mujeres de París, donde no hay pan, se precipita como una avalancha sobre Versalles para exigirlo, excitada tanto por el hambre como por los oradores del pueblo. "De un lado—dice Hipólito Taine—las pasiones del estómago y las mujeres amotinadas por la penuria; del otro, hombres impulsados por la necesidad de dominio. Y bajo este confluente de ideas, se prepara la expedición. Han sido alistados hombres y mujeres inmundos; se ha repartido dinero entre ellos".

El mismo autor supone que desde el primer día que llegó de guarnición a Versalles el regimiento de Flandes, encargado de salvaguardar la monarquía, empezaron los trabajos de corrupción mediante prostitutas y dinero. Sesenta mujeres son enviadas con este objeto y guardias nacionales acuden a invitar a beber a los soldados de guarnición.

Se prepara en tal forma el ataque, que las mujeres serán la vanguardia, por comprenderse que habría escrúpulos en disparar sobre ellas; mas para reforzarlas, muchos hombres marchan en sus filas disfrazados de mujeres.

Así formado sale el primer pelotón de París, que por momentos crece en el trayecto, con tres o cuatro dirigentes femeninas, entre las que se destaca por su audacia, varonil empuje, belleza y fanático entusiasmo Theroigne de Mericourt. Ya antes, una banda formada por cuatrocientas o quinientas mujeres, había forzado la guardia del ayuntamiento parisiense para hacerse de armas, al grito de "pan y a Versalles". Al salir de París van siete u ocho mil mujeres enfurecidas, a más de algunos cientos de hombres.

Esta es la inicial acción guerrera en que Theroigne tomó parte sobresaliente. Vestida con falda roja de amazona no se da punto de reposo y distribuye a su gente en las inmediaciones del palacio, que al fin es tomado

a la fuerza por la muchedumbre armada de picas, sables y palos, a favor de la debilidad de la guarnición y merced al desorden que impera entre los sitiados, faltos de energía y de cabeza directora para disponer una defensa adecuada a las graves circunstancias.

La reina, sobre todo, es el blanco del odio femenino, pues se ha hecho creer por Theroigne y sus secuaces, que es la causante de todos los males del pueblo, y ella personalmente, abriga un odio feroz hacia la "austríaca" que se ve amagada de muerte por la excitación provocada entre la enfurecida muchedumbre. Luego viene la humillación de la realeza, indicio de lo que pasaría después, al verse obligados los soberanos a regresar a París, donde desde entonces quedarían virtualmente convertidos en prisioneros.

* * *

Theroigne era bella y valiente. Existe un retrato, según Michelet, que a pesar de haber sido hecho cuando ya estaba loca, hace ver en ella "la imagen misma de la libertad: la cabeza redonda y fuerte, los ojos negros que no han perdido sus destellos".

Nació en el pueblo de Mericourt (de donde tomó su nombre de guerra), cerca de Lieja, hija de un agricultor acomodado que le dió educación mediana. Tenía vivacidad de espíritu y elocuencia natural.

Siendo muy joven, pues contaría apenas unos diecisiete años, fué seducida por un caballero noble alemán, señor de un castillo cercano. Huyó de la casa paterna y desapareció para siempre del país natal. La volvemos a encontrar en Londres, rodeada de amantes, muy halagada y cortejada.

Ella guardó siempre un silencio impenetrable sobre su pasado; pero lo que sí parece evidente, es que en Inglaterra le sonrió la fortuna y vió rendidos a numerosos adoradores. Su preferencia fué, sin embargo, para un cantante italiano, viejo y feo, pero con alguna celebridad, de nombre Tenducci. Según Michelet, este sujeto le robó sus alhajas para venderlas.

Al estallar la Revolución se dirige rápidamente a Francia, abandonando la posición desahogada que tenía y que probablemente no la satisfacía. Desde este momento empieza a perfilarse su carácter con rasgos firmes y definidos. Abrigaba, sin duda, un profundo rencor en su alma hacia la aristocracia, por haber sido uno de su clase el que la hizo desdichada y abatió su orgullo, en la edad de las más floridas ilusiones. Acaso había también en ella un profundo desprecio hacia todos los nobles y también para los hombres de posición elevada. Parece comprobarlo su comportamiento liviano en Londres,

donde procuró nada más explotar a sus amantes ricos, valiéndose de su talento y hermosura, lo mismo que su conducta posterior. Se entregó por entero al ideal revolucionario, quizá más que por convicción por un deseo de venganza, y no se la volvió a ver enamorada de ningún hombre. ([1])

Su participación revolucionaria fué activa y valiente. No se concretó a lanzar discursos más o menos incendiarios ni a tratar de dirigir los acontecimientos desde sitio seguro. Se mezcló con el pueblo y ocupó lugares de peligro. Por esta razón es llamada la "Amazona de la Libertad". Audaz e implacable con los aristócratas, se ha querido ver en ella a la vengadora de su honor ultrajado; pero sin duda alguna que fué un paladín femenino de las ideas de su tiempo.

Desde las primeras asonadas, la calle fué el escenario natural a su temperamento. Realzaba su belleza un traje de color de sangre y un penacho en el sombrero, y así ataviada no faltó su presencia en ninguna insurrección. La llama Lamartine la "Juana de Arco de la plaza pública".

En la jornada del 20 de junio vemos a Theroigne capitaneando a uno de los grupos que se habían puesto en movimiento desde los arrabales de París, concentrándose en la Plaza de la Bastilla para atacar las Tullerías. Era el que ella dirigía "horda y tropel confuso de hombres, de mujeres y de chiquillos vestidos de harapos". Vestía traje masculino, sentada sobre un cañón que arrastraban los jornaleros, empuñando un sable y en la espalda un fusil. Tuvo análoga participación en la jornada del 10 de agosto. ([2])

* * *

Pero su actuación no se concreta al caudillaje en los tumultos callejeros y a ostentar con orgullo la corona cívica que le otorgan los marselleses; participa también en la efervescente política de los partidos en pugna, lo cual al fin la perdió por su simpatía hacia los hombres de la Gironda. Esta amistad y quizá su personal modo de ver las cosas, la indujo a romper con Robespierre violentamente, acusándolo de "calumniar sin pruebas".

Conoció y trató a hombres eminentes de su tiempo, como Mirabeau, Brissot, Sieyés, Chernier, Dantón y Demoulins. No carecía de elocuencia y

([1]).—*"A los sentimientos vengativos de Theroigne respondió todo un pueblo. Con sus vestidos de cortesana, con su sombrero a lo Enrique IV, con un látigo de amazona, se lanzó a conquistar la gloria de la Revolución, pero perfumándose antes para neutralizar el olor del pueblo". Mario Verdaguer. "Las Mujeres de la Revolución". Pág.* 235.

([2]).—*"El amor ultrajado habíala impelido al desorden y al vicio. Creyendo reparar su honor, al hacer la guerra a los aristócratas, lavaba su afrenta con sangre". Lamartine. "Historia de los Girondinos." Tomo I. Pág.* 269.

sus improvisaciones causaban efecto no sólo en los tumultos callejeros, sino también en los cenáculos de los jefes revolucionarios.

Theroigne vivió en un vértigo, en un frenesí de pasión y sangre; pero cuando cayeron los girondios, acaso hastiada de tantos excesos que había visto y en los que tuvo participación activa y directa, intentó contener aquel oleaje de exterminio y externó sus simpatías por Brissot públicamente.

Un día, parece que el 31 de mayo de 93, Theroigne salía de la Convención y se dirigió a pasear por la terraza de los Fuldenses. Al tratar de salir del jardín, tropezó con una banda de calceteras armadas de látigos, que la insultaron por brissotista. Era el tiempo en que este nombre despertaba en las chusmas los odios más feroces y daba paso a los más bajos instintos de crueldad.

Ella, elegantemente vestida, como siempre, contestó con vehemencia y se enfrentó a la turba con su habitual valor. Las mujeres se le echaron encima, entre varias la cogieron por el cuello doblánle el cuerpo; otras levantaron sus faldas y los látigos comenzaron a golpearla despiadadamente. En vano trató Theroigne de defenderse. Las furias arrancaron sus vestidos y la dejaron completamente desnuda. Los espectadores de la salvaje escena, reunidos en gran número, veían y aplaudían.

Aquel orgullo indomable de la "Amazona de la Libertad", aquel temperamento altivo y vengativo, recibió la afrenta más cruel que se le pudo haber inferido. Desde ese mismo momento perdió el juicio y encerrada en la Salpetrière, loca furiosa, comenzó la lenta agonía que habría de durar veinticuatro largos años, hasta que sobrevino la muerte en 1817. Falleció a los cincuenta y cuatro años de edad sin que volviera a recuperar la razón un solo momento. Poseída siempre de una irritación agresiva, sin duda, en las tinieblas de su locura tenía fija constantemente la injuria de las calceteras.

* * *

Nos encontramos en Lamartine ("Historia de los Girondinos") con otras dos mujeres de tipo belicoso: Teófila y Felicidad Fernig. Muy distintas, ciertamente, de Theroigne de Mericourt, ellas no combaten en las calles de París, sino en los campos de batalla, donde pelean con arrojo los soldados de la República.

Su padre, el señor de Fernig, antiguo oficial retirado en la villa de Montagne, punto avanzado de la frontera francesa en el Norte, había entusiasmado a los paisanos para alistarse en las filas republicanas y con los

voluntarios organizó un grupo que adiestraba en escaramuzas con el enemigo de Francia, que se hallaba muy cerca.

Las dos muchachas, apenas adolescentes, resolvieron disfrazarse de hombres y armarse, para participar en las filas de los labriegos convertidos en soldados. De este modo, siguen varias noches a la pequeña expedición guiada por su padre y valientemente se baten con las avanzadas austríacas, ejercitándose en los combates, marchas y peripecias de las guerrillas.

El secreto se descubrió hasta el momento en que el general Beaunonville pasó revista al cuerpo de voluntarios de Montagne. A partir de entonces, las jóvenes se convirtieron en dos valientes oficiales de la República y tomaron parte en la célebre batalla de Jemmapes como ayudantes en el Estado Mayor del general en jefe Dumouriez, al que también pertenecían los duques de Chartres y de Montpensier, hijos del duque de Orleáns.

Por lealtad a Dumouriez, Felicidad y Teófila lo siguieron hasta el final de su aventura, cuando con el duque de Chartres y otros oficiales, se dirigieron a Turnai entregándose al general austríaco Chairfayt, al ver desvanecidos sus sueños de establecer en Francia una dictadura que encabezara el general francés, proyecto que no pudo realizar por haberlo abandonado su ejército que acató los decretos de la Convención, aun cuando fueran enderezados contra su ídolo.

Lamartine se pregunta por qué no figuran los nombres de estas dos heroínas en los arcos de triunfo franceses, ni están sus retratos en Versalles, ni se les han erigido estatuas en las fronteras, teatro de sus hazañas guerreras.

Las Literatas

"Lego mi corazón a la patria, mi probidad a los hombres, mi alma a las mujeres, mi desinterés a los ambiciosos, mi filosofía a los perseguidos, mi religión a los ateos". Tal es el generoso testamento de Olimpia de Gouges, hecho a las puertas de la muerte en la sórdida prisión de la Force, horas antes de ser conducida a la guillotina.

Literata mediocre, escasa de ilustración y algo desequilibrada, tuvo en cambio elevadas prendas humanas de bondad, desprendimiento y abnegación. Su psicología, muy especial, fluctuó siempre entre sus ideas sinceramente republicanas y sus sentimientos de piedad hacia los desdichados y caídos.

Formó en primera fila en las manifestaciones revolucionarias del 89; pero tal vez por la nobleza de su corazón, simpatizó con el rey el 6 de octubre, no por su jerarquía, sino por su desgracia, al contemplar de cerca la humillación del hombre. Más tarde, en junio de 91, se convierte en republicana convencida bajo la impresión de la fuga de Luis XVI, tomada como una traición a Francia.

Por los años del 90 al 91, fundó varias sociedades de mujeres y compuso en profusión obras teatrales. Con altivo gesto, sostuvo que la mujer debería tener las mismas prerrogativas que los hombres para hablar en público y expresar sus ideas desde la tribuna, puesto que también disfrutaban del derecho de subir al cadalso, como los hombres.

Su nombre, en realidad, era el de María Gouges viuda de Luis Ives-Aubry, natural de Gascuña. Llegó a decirse que era hija bastarda de Luis XV; pero ella negó este origen, aunque se declaró a sí misma "salida de una cabeza coronada, pero de laureles". Sentía satisfacción en atribuirse una ascendencia ilustre o distinguida cuando menos, pues en su testamento político declara: "Yo soy la hija de un hombre célebre, tanto por sus virtudes como por su talento literario. El no tiene más que un error en su vida y éste va contra mí. Ya no diré más".

Como se ve, trataba de envolver su pasado en un velo de misterio, que

apenas dejara entrever antecedentes de noble alcurnia intelectual; pero la realidad era muy otra, pues descendía de un carnicero y de una prendera. ([1])

Sin embargo, se sentía llamada a desempeñar papel de elegida en los acontecimientos de su tiempo y es la primera en reclamar para su sexo, desde el 89, el derecho de ocupar puestos de responsabilidad en la agitación revolucionaria. "¿Qué importa el sexo?, solía decir. El alma es todo". Vive en un estado de exaltación constante que con frecuencia la hace incurrir en exageraciones que la llevan hasta el ridículo; pero este estado de ánimo es casi corriente en la época. Agiganta la popularidad que llegó a tener hasta el delirio, y está poseída de aguda neurosis revolucionaria.

Su debut en la literatura lo hace en 1778 y desde entonces no descansa en componer dramas, comedias y piezas galantes que se representan con poco éxito. Ya en el período revolucionario, sus discursos, sus artículos, sus panfletos, hacen efecto entre las turbas que llenan calles y plazas; alborota en los clubes y en las asambleas y se convierte en el paladín más fogoso de los derechos de la mujer, como abanderada de un feminismo incipiente. En mayo de 92 organiza para la Fiesta de la Constitución en el Campo de Marte, un cortejo femenino.

Como tiene un espíritu independiente y acostumbra expresar sus opiniones con libertad plena, el 20 de junio tomó la defensa del rey amenazado en su palacio—anticipo de la noble actitud que asumiría después—no tanto por el monarca en sí, sino porque le parece que la ley ha sido violada y califica el atentado de ilegal e injusto, pues fuera del desequilibrio provocado por su exuberancia de literata revolucionaria, tenía un sentido recto para juzgar las cosas y le desagradaban los excesos. Ferviente revolucionaria, quería que la Revolución permaneciera libre de toda mancha y limpia de sangre; anhelo generoso sin duda, pero imposible de lograr.

Jamás claudicó en sus convicciones legalistas. Ahí está su carta al alcalde Petbion pidiéndole que suprima los mitines populares. Refiriéndose concretamente al del 10 de agosto, le dice: "Este paso es tan odioso como inconstitucional. Yo no amo más al rey de las Tullerías que al rey de la asamblea de San Antonio: los dos pelean sin descanso por la ruina de la Constitución; pero esta Constitución nos da como rey al de las Tullerías y debemos saberlo respetar, aún con sus vicios".

Presa la familia real, se cree llamada a servir a los soberanos de mediadora. En una carta dirigida al rey, le propone llegar ella misma cerca de sus hermanos, que están en el exilio, en nombre de Luis XVI, para detener

([1]).—*Gustavo Gautherot. "Les Suppliciées de la Terreur". Capítulo VIII. Pág.* 121.

la guerra; y a la reina le aconseja pedir la paz al emperador. La misiva fué publicada en el "Moniteur", pero no contenta con esta publicidad hace con su escrito un cartel de grandes dimensiones que fija en las calles de París, juntamente con otros carteles que dicen a grandes letras: "Olimpia de Gouges, defensora de Luis Capeto".

* * *

Este anuncio no es puramente un alarde. El 15 de enero de 1793, seis días antes de la ejecución de Luis XVI, llegó a la Convención Nacional una carta firmada por Olimpia, que decía: "Ciudadano presidente: Me ofrezco, después del valiente Malesherbes para ser la defensora de Luis XVI. Dejando aparte mi sexo, el heroísmo y la generosidad son también patrimonio de las mujeres y la Revolución ofrece más de un ejemplo. Yo soy franca y leal republicana, sin tacha y sin reproche... Yo creo que Luis faltó como rey, pero despojado de ese título, cesa de ser culpable a los ojos de la República. Sus antepasados habían colmado la medida al pueblo francés; desgraciadamente la copa se ha roto en sus manos y todos los rayos saltaron sobre su cabeza. Podría añadir que sin la perversidad de su corte él pudo haber sido un rey virtuoso. Yo deseo ser admitida por la Convención Nacional y por Luis Capeto, para secundar a un anciano de cerca de ochenta años, en una función penosa que me parece digna de todo el valor y toda la fuerza de un hombre...". [1].

No se toma siquiera en cuenta su proposición. Al salir de la Convención, después de haber sido desestimada su defensa, el pueblo indignado rodeó en la calle a aquella mujer atrevida y estuvo a punto de lincharla. Ella marchaba con la cabeza alta. Un hombre la agarra por el cuello y comienza a gritar: "¡A quince sueldos la cabeza de Olimpia! ¿Quién da más?". Ella no se inmuta y responde: "¡Doy treinta sueldos; pido la preferencia!" y escapa corriendo ante la estupefacción de los presentes. El pueblo ríe...

Atraviesa los días del Terror gesticulando y maldiciendo; perora en las plazas públicas, grita en los clubes, escribe continuamente libelos, alternando con obras dramáticas y con novelas. Quiere ser célebre a toda costa y sobre-

---

[1].—*Gustavo Gautherot estima que la carta pinta a maravilla las cualidades del corazón de Olimpia y los vicios de su espíritu. Animo susceptible de llegar hasta el heroísmo, a un heroísmo de teatro, que además ha de conducirla al patíbulo. Inspiraciones generosas, destellos de buen sentido y de gran estilo, surgían de su pluma, en medio de un caos de gruesas quimeras. "Les Suppliciées de la Terreur". Capítulo VIII. Pág.* 119.

salir en la literatura; pero siempre fracasó en sus intentos. Eran melodramas que no gustaban al público. (1)

Se vuelve abiertamente girondina y considerándose ya perdida arreció en sus ataques contra Robespierre, el dispensador de vidas, y contra la obra de Marat. En sus panfletos vapuleó a ambos con la mayor virulencia. En su "Pronostic sur Max Robespierre, par un Animal Anphibie", le hace esta singular invitación: "Yo te propongo tomar un baño conmigo en el Sena, pero para lavarte enteramente de las manchas de que te has cubierto después del 10 de agosto. Nos ataremos una cadena a nuestros pies y nos precipitaremos juntos en la corriente".

* * *

Su desequilibrio mental patente la libró por algún tiempo de ser apresada; pero en aquellas épocas no se podía jugar impunemente con las palabras, ni aún tratándose de dementes. Al fin es arrestada el 20 de julio de 93 por orden del Comité de Salud Pública. Solicita en vano su libertad, se indigna durante tres meses inútilmente, y hasta el 2 de noviembre comparece ante el tribunal revolucionario. Es condenada a muerte por sus escritos que se consideran tendientes al establecimiento de un poder atentatorio a la soberanía del pueblo. Olimpia, orgullosa, grita al leérsele la condena: "Mis enemigos no tendrán la gloria de ver correr mi sangre, yo estoy encinta y daré a la República un ciudadano o una ciudadana". Los médicos se declararon incapaces de dar un juicio positivo sobre su estado, y se la guillotina a ella sola, por excepción, el 3 de noviembre. Indomable hasta el último momento exclama todavía ya en el cadalso: "Niños de la patria, ustedes vengarán mi muerte".

Pero en medio de sus extravagancias debemos reconocer en ella un alma noble y generosa que se entregó desinteresadamente a su ideal, llegando hasta el sacrificio. Lo mismo odiaba la tiranía de los de arriba que de los de abajo, como lo dice en su carta a Pethion. Con sentimiento de humanidad, cuando ve caído a Luis XVI—al que había combatido—despojado de su dignidad real y próximo a ser guillotinado, no vacila en ofrecerse desinteresada y

(1).—*"Fué una amazona de la pluma y de la Revolución, el primer ejemplar de feminista, de sufragista, un poco a la manera de ahora; fué una especie de Cyrano de Bergerac con faldas... Hizo su propio retrato, acaso el más justo: "Soy un animal sin par, no soy hombre ni mujer; tengo el valor del uno y a veces la fragilidad de la otra. Se hallan en mis palabras todas las virtudes de la Igualdad, en mi fisonomía los rasgos de la Libertad y en mi nombre hay algo de celestial". Mario Verdaguer. "Las Mujeres de la Revolución". Página* 146.

piadosamente como su defensora. Se acaban sus odios de republicana convencida y sólo contempla al hombre en desgracia. Sus sentimientos son profundamente humanos en esos momentos y al manifestarlos desprecia arriesgar su propia vida.

Fué girondina al final de su existencia, en contraposición a las desenfrenadas matanzas que llenaban de horror su alma de mujer dirigida al bien, a pesar de sus exaltaciones de anormal. La disparidad entre sus escasas fuerzas, entre sus pobres recursos y las grandes hazañas que trataba de emprender, se pone de manifiesto cuando cree salvar la vida del rey con su intervención; pero esta desproporción, esta falta de sentido práctico, no restan méritos a su heroica posición de protectora del débil, pese a que sea el odiado tirano.

* * *

Destaca, sin duda, como una de las más claras inteligencias de su tiempo, madame Staël, nacida Ana Luisa Germana Necker, hija del banquero ginebrino que tan importante papel jugó en Francia en la época inmediatamente anterior a la Revolución y en la primera etapa de la misma.

Contaba apenas 23 años en 1789, al provocarse los primeros choques populares; pero hija de su tiempo, creada en un ambiente de liberalidad, muy inteligente, culta y refinada, se siente atraída irresistiblemente por las nuevas ideas que se abrían paso; más adentro de una decorosa moderación que propugnaba el establecimiento de una monarquía constitucional de tipo liberal, como la inglesa, por cuyas instituciones sentía viva atracción. No simpatizaba con los excesos frenéticos del populacho, que repelían tanto su natural condición, como la esmerada educación que había recibido.

Según Michelet su genio estuvo determinado por dos maestros: hasta 1789 por Rousseau y después por Montesquieu. Desde temprana edad parece que se distanció de su madre por repugnarle su disciplina estricta a aquella muchacha de naturaleza "fácil, expansiva y movible". Se volvió hacia el padre a quien profesó desde entonces fervorosa adoración de hija, al mismo tiempo que lo admiraba como estadista, escritor, pero sobre todo como ciudadano probo. (1)

Casóse Ana Luisa Germana con el barón de Staël, embajador de Suecia en París; pero parece que no encontró la felicidad buscada en el matrimo-

(1).—*En opinión de Michelet nunca Nécker hubiera ido tan adelante sin su apasionada hija. Ella estaba poseída de confianza y optimismo y creía sinceramente en el buen sentido del, género humano. Entonces no estaba influenciada aún por el grupo de adoradores que después la rodearon. "Les Femmes de la Revolution Francaise". Capítulo IX. Página 75.*

nio. Conoció a Luis de Narbonne, según todas las apariencias hijo natural de Luis XV, y a él se entregó con todo el fuego de su temperamento apasionado. Hizo del hermoso galán su prototipo y en su imaginación le concedió cualidades excepcionales, de las que probablemente careció.

Madame Staël no era bella, según sus biógrafos, carecía de gracia femenina y asumía en sus reuniones, a las que concurrían literatos, diplomáticos y extranjeros distinguidos, cierta actitud viril; pero estaba dotada de un raro talento y de un noble corazón. Sus rasgos fisonómicos gruesos y el talle recio, se olvidaban al contemplar sus hermosos ojos negros "radiantes de genio, de bondad y de pasión".

"Hombre por la energía y mujer por la ternura", la describe Lamartine. Contó desde niña con los elementos propios para desarrollarse intelectualmente y vivió en un medio que favoreció el desenvolvimiento de sus dotes naturales, pues frecuentaban su casa los más destacados filósofos y enciclopedistas de su época, a los que conoció de cerca, siendo todavía muy chica, y en ese cenáculo se forjoran sus primeros pensamientos.

* * *

La vemos actuar en política de una manera rara, no por sí misma sino a través de su héroe, tipo probablemente de pocos alcances, pero al que ella elevó hasta altas cimas ante los demás y lo dotó de virtudes cívicas y cualidades personales, quizá sólo forjadas en su mente. ([1])

Todo lo quería para el ser amado, un hombre que no pasaba de ser un aristócrata elegante, aunque activo y valiente. Deseaba convertirlo en un filósofo de altos vuelos, en el jefe del ejército, el amo de la Asamblea por su elocuencia y el que intimara a Europa con su habilidad de diplomático. En fin, quería convertirlo en lo que ella deseara haber sido: en un héroe que salvando a la nación fuera el árbitro de sus destinos.

Las combinaciones políticas del conde de Narbonne, dirigidas desde bastidores por madame Staël, eran audaces y arriesgadas. Se trataba de tender un puente entre el antiguo régimen y las nuevas ideas, aprovechándose del puesto que había ocupado el conde como ministro cerca de Luis XVI, mediante la influencia de los girondinos, entonces poderosos.

Se ha dicho que fuera de la ambición personal que pudiera inspirar a

([1]) —*"Quiso ser el destino oculto de un gran hombre, obrar por su mano, elevar su fortuna, tal era la ambición a que aspiraba, al hallarse con trabas para actuar directamente, en virtud de su condición de mujer". Lamartine. "Historia de los Girondinos". Tomo I. Página* 116.

la pareja, perseguían en el fondo un fin noble: salvar a Francia, y para ello pusieron en juego todos los resortes políticos de que podían disponer, y por medio de sus agentes abrigaban la esperanza de interesar a los hombres de Estado de la Gran Bretaña, para promover después del furor revolucionario, el advenimiento de un gobierno moderado dirigido por hombres de alta extracción social, pero con tendencias liberales.

Madame Staël creía firmemente en la perfectibilidad humana y por ella combatió. Chateaubriand—citado por Saint-Beuve—opinó de ella: "Algunas veces madame Staël parece cristiana; pero un instante después la filosofía triunfa. Otras veces, inspirada por su sensibilidad natural, deja escapar su alma; pero de repente la argumentación se despierta y viene a contrariar los impulsos del corazón".

Esta parece ser la semblanza más exacta, concretada en unas cuantas líneas, de aquella genial mujer, mezcla de ambición, piedad y amor, con pensamientos filosóficos, atrevidas ideas políticas y genio de escritora.

Después de los años agitados que siguieron a la caída de su amante Narbonne, se ve desterrada de Francia por Napoleón, con el que nunca estuvo en buenas relaciones por su atrevimiento para expresar libremente lo que pensaba del Corso y su gobierno dictatorial. Viaja por Austria, Rusia, Suecia, Italia y Alemania, pero siempre ansiando retornar a París, pues siente el "mal de la capital".

Vuelta a Francia después de la Restauración, murió en París admirada y querida, el 14 de julio de 1817.

* * *

Seguramente ya nadie se acordaría desde hace largos años de Julia Candeille, si su nombre no estuviera ligado con el de Vergniaud, el paladín de los girondinos y orador elocuentísimo de aquel grupo que un escritor llamó "la primavera de la Revolución".

La primera actividad de Julia fué la música, obligada por la tenacidad paterna. Dedicada al canto, pues poseía buena voz, debutó con éxito en la Opera en 1782. Era el teatro de la consagración artística y en él estuvo por espacio de diez años.

Además de su bella voz, contribuyó a su triunfo "su hermosa figura y sus alegres ojos azules"; ([1]) pero no satisfecha con ser la cantante mimada del público, sueña con la gloria perdurable de la literata. Se dedicó entonces

([1]).—*Mario Verdaguer. "Las Mujeres de la Revolución". Página* 137.

a escribir, pero en esta actividad es tildada de "gárrula, parlanchina, retorcida y fecunda, pero sin talento".

Cuéntase que un día Vergniaud y ella se encontraron en el camarín del empresario del teatro y ambos se enamoraron repentinamente. Poco después, quizá debido a la influencia del jefe girondino, la Candeille hizo estrenar su primera comedia en tres actos con éxito grandioso, pues obtuvo trescientas representaciones. Por los antecedentes de su producción anterior a este suceso, bastante mediocre, llegó a asegurarse que esa obra no era suya, sino de Vergniaud.

Parece ser que el gran girondino nunca olvidó a Julia, ni en los trances más duros de la tremenda lucha que sostuvo con la Montaña y pensó en ella hasta el final. La trágica racha segó muchas cabezas, pasaron los años, la Candeille se hizo de nuevos amantes, y se dice que allá, por la segunda década del siglo XIX, al citarse su nombre al lado del de Vergniaud, a ella le disgustaba, pues por entonces era ya de muy mal tono haber amado a un hombre de la Revolución, así fuera éste el elocuente tribuno de la Gironda.

Las Maniáticas

Catalina Théot, tipo de visionaria, producto natural del ambiente exaltado de su tiempo, tuvo el extraño privilegio de poner inconscientemente en ridículo—lo más temible para un hombre público—al amo de la Convención, al terrible Robespierre. Acerca de la influencia que pudo ejercer esta mujer sobre él, no es posible afirmar nada; pero sí parece evidente que le halagaba la especie de adoración, la divinización de que era objeto por parte de la demente anciana, como todo lo que venía a fomentar su desmedida vanidad.

Sin duda que en épocas de normalidad, las relaciones atribuidas al dictador con la "Madre de Dios", no hubieran tenido mayor trascendencia; pero en aquellos días decisivos, cuando la gente estaba ya cansada del Terror y esperaba tan sólo una oportunidad para sacudírselo, el ridículo que cayó sobre Robespierre por su trato íntimo, cierto o supuesto, con Catalina Théot; el consentimiento de dejarse divinizar por la misteriosa secta, que se le achacaba, fué funesto para él y probablemente contribuyó mucho en su estrepitosa caída. Esta mujer fué un factor secundario, si se quiere, en el desenlace trágico del 9 Termidor; pero bien aprovechado por los enemigos del Incorruptible, favoreció a la conspiración que se preparaba en la sombra y lo envolvió en la ola de desprestigio de que ya no pudo salir.

Al estallido de la Revolución, Catalina era ya una vieja alta y flaca—había nacido en 1725—que se convertiría más tarde en fanática devota de Robespierre, mezclando la figura del jefe jacobino en un extravagante desvarío, en que se barajaban antiguas supersticiones con ideas teosóficas y prácticas de iluminismo.

Ya en otra época, diez años antes del 14 de julio, había hecho circular por las calles de París, sus absurdas profecías en folletos, anunciando que era la "Madre de Dios" y que tenía que venir a Francia un nuevo Mesías para regenerar la especie humana de la corrupción en que vivía. Aquellos impresos no podían pasar inadvertidos para el gobierno y Catalina fué encerrada en la Bastilla.

En pleno Terror, reaparece la iluminada y como despertara sospechas de

la policía, adquiere un certificado de civismo firmado por Robespierre. Se la vió por entonces, entre las calceteras de la Revolución, llevar a cabo manifestaciones públicas en que formaban mujeres que se creían llamadas a reformar el mundo, generalmente viejas y con aspecto de brujas.

Mas donde se nos presenta la "Madre de Dios" como signo del Destino en la carrera triunfal de Robespierre, fué en la fiesta del Ser Supremo, en la que actuó el Incorruptible como pontífice máximo. Entonces Catalina concretamente lo señaló como el Profeta de la nueva era, como el deseado y verdadero Mesías que esperaba la humanidad para su salvación.

Parece que a Robespierre le halagaba esta loca admiración de fanáticos desviados, pues Lamartine nos dice que recibía en su casa de la calle de San Honorato, a Dom Gerle, fraile renegado y ahora secundador entusiasta de la grotesca secta, "con la indulgencia que un genio superior concede a la credulidad que lo admira, y que perdona fácilmente la superstición de que es objeto". El hecho es que se hacía desentendido y hasta toleraba las reuniones de la vieja Théot en la calle de Contraescarpe, donde se le divinizaba. La profetisa y sus secuases le enviaban cartas dictadas, según decían, "por el espíritu revelador". ([1])

El pueblo llegó a creer, con razón o sin ella, que Robespierre aspiraba a realizar en su persona un pontificado mitad teológico y mitad político. Hubo tal indignación contra tamaña audacia, llegó a tal punto la excitación general que la policía intervino y aprehendió a la vidente. La parcialidad de Robespierre hacia Catalina y el culto que había instaurado, parece evidenciarse por el disgusto que le causó la captura, llevándolo hasta acusar violentamente a Verdier, presidente de los Jacobinos y uno de los promotores del golpe policíaco; pero no obstante su contrariedad, la Convención dispuso que Catalina y otros adeptos, compareciesen ante el tribunal revolucionario.

Se ha querido ver en este hecho la primera derrota sufrida por el tirano, que lo hizo alejarse del Comité de Salud Pública y de la Asamblea por cuarenta y cinco días, en los momentos de aguda crisis, cuando cualquier retiro del campo de la lucha podía ser funesto, como lo fué poco después.

Los graves acontecimientos de Termidor que siguieron al escándalo promovido por la secta teosófica, hicieron que se olvidara a Catalina, quien murió meses más tarde repentinamente, en la prisión.

([1]).—*Hans von Henting en su biografía de Robespierre, afirma que éste en un club teosófico, consintió en que su imagen fuera venerada como la del renovador del Reino de Dios. "Un sacerdote llamado Dom Gerle, miembro de la Asamblea Constituyente, explicó a los oyentes las palabras de una demente que se decía "Madre de Dios". Página 177.*

* * *

Suzette Labrousse, otro tipo de neurótica mística, tuvo la ambiciosa idea de sentirse llamada a convertir a todos los hombres de la tierra, a una nueva religión de amor y piedad, libre de pompas vanas y de ritos inútiles.

Se le atribuían ciertas dotes de adivinización y llegóse a considerarla como la pitonisa de la Revolución, no obstante su modesto origen de provinciana, pues había nacido en Perigord en 1747. Un folleto llamado "Enigmas", compuesto en su edad madura, tuvo acogida entre la gente de su siglo, muy dada a creer en predicciones y fantasías imaginarias, desde las altas clases sociales hasta los habitantes de los arrabales. Llegó a tanto su popularidad, que alarmó a los obispos de Francia, cuando anunció que las órdenes religiosas serían destruídas.

Se ha querido ver, sin embargo, que algunos acontecimientos anunciados por ella antes de la Revolución, se realizaron después en cierto modo, y su nombre sonó hasta en la Asamblea Constituyente al referirse a Suzette el famoso Don Gerle, siempre dispuesto a admitir cosas sobrenaturales por convicción o por conveniencia.

A fines de 1792, llevada de su manía de conversión del género humano, la pitonisa se fué sola y a pie por los caminos de Francia. Viviendo de la cariad pública cruzó la frontera y su ardor catequista la llevó a Roma, para convencer al Papa de que debía abandonar el poder temporal.

Naturalmente fracasó en su intento y tomada por una herética revolucionaria que propalaba teorías peligrosas para la estabilidad de la religión, fué encerrada en el castillo de San Angelo donde permaneció varios años y al fin murió en 1821. ([1])

* * *

Aun cuando también de temperamento neurótico, Isabel Regniez pertenece a otra categoría distinta de las dos místicas anteriores. Poseída de frenético exterminio y temperamentalmente cruel, sólo satisfacía su insana pasión viendo correr a torrentes la sangre de sus semejantes.

Se había casado en Arras el 5 de noviembre de 1792 con el procónsul de la Convención en la localidad, José Lebon, clérigo renegado, que explica así su conducta: "Acabo de dar un ejemplo esperado desde hacía tiempo por los sacerdotes virtuosos, derribando el prejuicio feroz que obligaba a una

([1]).—*Mario Verdaguer. "Las Mujeres de la Revolución". Página* 169.

casta de hombres a vivir en el crimen". Y añadía en la comunicación de su boda a los convencionales de París, "que al fin se respetaban los derechos de la naturaleza y de la sociedad".

Isabel formaba el núcleo de los radicales de Arras. Secundada por sus amigos, no se daba punto de reposo para denunciar ante el tribunal revolucionario a todos aquellos que suponía sospechosos de contrarrevolución. Su inquina, su odio sanguinario, los enderezaba particularmente contra las mujeres más bellas de la población.

Se dice que había hecho colocar la guillotina frente al balcón de su casa y jamás dejaba de asistir a las ejecuciones que, al parecer, le producían una extraña voluptuosidad. Después se festejaban los suplicios con una cena que transcurría entre risas y libaciones. Creía haber acabado con todos los nobles y traidores revolucionarios de Arras, y siguió sus encarnizadas persecuciones en Cambrai: cuando Lebón fué trasladado a esa ciudad, comisionado por Robespierre para proseguir el Terror.

Puede considerarse a esta mujer como un caso de maniaca poseída de delirio de grandeza, a que aunaba una extraordinaria crueldad. En medio de las orgías de sangre a que se dedicaba, recibió en Cambrai la noticia de la caída y muerte de Robespierre. Los esposos se apresuraron a huir y entonces, por una de esas reacciones tan frecuente en quienes han derramado sangre impunemente, Isabel se sintió poseída de un pánico loco.

Lebón fué capturado y ejecutado en París. Ella corrió con mejor suerte, pues quedó en libertad al día siguiente del suplicio de su marido. Desaparece de la escena histórica desde entonces y acaso pasó, oculta y llena de temores y remordimientos, el resto de su vida.

"La Conspiración del Extranjero"

Un haz de mujeres perece en las postrimerías del Terror, a causa de una reunión de circunstancias tan variadas e inesperadas, como cambiantes eran los acontecimientos de la época. Entre ellas se destacan la señora de Saint-Amaranthe, su encantadora hija Emilia y Cecilia Renault, ésta complicada en el proceso seguido a Ladmiral por asesinato frustrado contra Robespierre.

La única culpa de las señoras Saint-Amaranthe estuvo en haber trabado relaciones con Robespierre, ([1]) para verse envueltas en el enredo grotesco y ridículo que les costó la vida; embrollo provocado por los enemigos políticos del dictador, que eran muchos, cuando éste ya empezaba a bambolearse en el elevado puesto que había llegado a ocupar.

El conde de Tilly (citado por Verdaguer) nos ha dejado en sus memorias, un entusiasta y apasionado retrato de Emilia, esta reina de la refinada elegancia en los salones del París revolucionario: "Era la persona de Francia más universalmente conocida por su belleza única: fué el ser más famoso de su tiempo. No he visto en ningún otro país nada que pudiera comparársele, nada tan absolutamente perfecto".

Afirmaba la señora de Saint-Amaranthe, bella matrona de unos cuarenta y tantos años, ser viuda de un gentilhombre, guardia de corps del rey, muerto en la jornada del 6 de octubre en Versalles, al defender los aposentos de la reina cuando eran invadidos por la turba. Había casado a su seductora hija en Ruen, con el señor de Sartines. Madre e hija, ambas atractivas, refinadas e inteligentes, abrieron en pleno reinado de la Revolución un gran salón, en la casa de las calles del Palacio Real que formaba esquina con la de Vivienne. Lo frecuentaban aristócratas del antiguo régimen y también los tribunos y hombres eminentes de todos los partidos: realistas, constituyentes, orleanistas, girondinos.

Las dos mujeres, damas del gran mundo, afectaban el tono y el lujo de

([1]).—*Sin embargo, Michelet dice que Robespierre nunca trató a esas damas, sino que maliciosamente se le confundió con su hermano menor, Agustín, que sí las frecuentaba "Les Femmes de la Revolution Francaise". Capítulo XXIX, Página 290.*

personas de alta posición social. De maneras distinguidas y trato exquisito, hacían con su amabilidad y buenas formas que en su compañía se abandonaran por un momento las opiniones políticas. Ellas, por su parte, no ocultaban su apego a la monarquía ni disimulaban su simpatía por el rey y la reina, cuyos retratos ostensiblemente colocados, podían ver sus visitantes.

Allí, en sus elegantes salones, se rendía culto al juego y a la galantería, con toda la delicadeza y buenas formas del siglo XVIII. Era quizás por entonces, el último rincón aristocrático que se había salvado en el general naufragio.

Faltaba poco para que el Terror concluyera; pero la fatalidad se confabuló contra aquellas deliciosas criaturas y el destino barajó su perdición en un juego ciego de intrigas y calumnias. Se vieron así arrastradas en la sombría maniobra preparada por Verdier y demás enemigos de Robespierre en el Comité de Seguridad General, quienes aparentando vengarlo de atentados en cierne para darle muerte, preparados por el barón de Batz y por Ladmiral, aumentaban contra él la odiosidad popular, ya bastante extendida, y lo cubrían de ridículo con hablillas, hábilmente difundidas, que lo hacían aparecer como el Mesías del nuevo culto propalado por la "Madre de Dios" y al que probablemente no eran ajenas las señoras de Saint-Amaranthe. ([1])

Sea lo que fuere, el hecho es que, según todas las apariencias, Robespierre accedió a tener una entrevista con sus dos nuevas admiradoras en la casa de éstas, y tal vez concurrió otras veces. Hay indicios de que las dos damas, llevadas por un sentimiento de piedad, ya muy generalizado por entonces, trataban de suavizar las rudezas sangrientas de la guillotina, atrayéndose al todopoderoso jefe jacobino.

En cuanto a los móviles que llevaron a Robespierre a aquella casa, difieren los autores: Unos dicen que fué a descubrir secretos políticos, otros que lo atrajo la seducción de Emilia y, finalmente, también se niega que la hubiera frecuentado, como se ha expresado antes.

De todos modos, sus relaciones con las Saint-Amaranthe, ciertas o inventadas, dieron pábulo a sus enemigos, Verdier a la cabeza, para hacer circular la sospecha de que deseaba atraerse al pueblo por medio de prácticas supersticiosas, halagando al mismo tiempo a las clases elevadas con augurios de clemencia. Así se quería patentizar la ridiculez y traición del

([1]).—*"Discípulo fanático de Catalina Theot, el señor de Quesvremont habló a las señoras de Saint-Amaranthe del nuevo culto, considerándolo como un profundo pensamiento del restaurador del orden. Inspiró a la señora, a su hija y al marido de ésta, el deseo de iniciarse en el acto, con el propósito de captarse la confianza de Robespierre. Los tres fueron llevados de noche al desván de la "Madre de Dios" y se les admitió como adeptos". Lamartine. "Historia de los Girondinos". Tomo III. Pág. 292.*

Incorruptible, desacreditándole ante las masas que habían hecho de él su ídolo, sin atacarlo todavía de frente porque aún no se atrevían.

Conjuntamente los Comités de Seguridad General y de Salud Pública, ordenaron el arresto de Catalina Theot, de los principales iniciados en la doctrina de la profetisa y de los presuntos complicados en la "Conjuración del Extranjero", incluyendo a las señoras de Saint-Amaranthe. Y aquí se descubre la habilidad de los complotistas, con Tallien moviendo los invisibles hilos, pues simulando exceso de celo para guardar la vida del tirano, suponiéndola amenazada por una vasta confabulación, lo llenan de oprobio, lo desprestigian y no vacilan en sacrificar setenta y dos vidas. (1) Muy poco tiempo después caería también la cabeza del amo de la Francia del Terror, lo que prueba lo bien llevada que estaba la conjura.

Sólo hubo un remedo de juicio en que se conjugaron las más diversas personas, muchas de las cuales ni siquiera se conocían. Luego las lúgubres carretas conduciendo en una calurosa tarde de verano, el 17 de junio de 94, a aquel puñado de víctimas inmoladas en aras de intereses de partido, las mujeres primero, los hombres después. Para mayor ignominia, todos visten la siniestra camisa roja de los parricidas que hasta entonces sólo Carlota Corday había usado. Tres horas empleó el macabro desfile de la Conserjería al cadalso y la matanza colectiva duró una hora.

Por esta época es cuando los vecinos de la Plaza de la Revolución elevan una solicitud a la Convención para que sea retirado de ese lugar el matadero, pues el aire se hace irrespirable por su fetidez.

* * *

En una de aquellas carretas iba Cecile Renault, "joven de veinte años, de facciones agraciadas, ademanes distinguidos, porte elegante". Como sus compañeras de infortunio, también está acusada del nefando delito de haber atentado contra la preciosa vida de Maximiliano Robespierre.

Su caso es el más extraño de todos, pues parece comprobado que la noche del 23 de mayo de 1794 sólo la guía a la casa del ebanista Duplay, la curiosidad, el deseo de conocer al tirano, el dispensador de la vida y de la muerte, cuando el horror había alcanzado su cúspide y las matanzas se sucedían en una atmósfera de espanto.

Como despertara sospechas, es arrestada por los guardias Didier y Boulanger que cuidan la casa. Interrogada, sostuvo con arrogancia que su única

(1).—*Michelet dice que fueron cincuenta y cuatro. "Les Femmes de la Revolutión Francaise. Capitulo XXIX. Página 295.*

finalidad al tratar de penetrar en la habitación de Robespierre, fué conocerle, saber cómo era. Ninguna culpabilidad se le comprobó durante la investigación en el juicio; pero confesó haber sido realista y con esto basta y sobra para que se la condene. Por otra parte, se evidenció su exaltación política de muchacha educada por sus padres en las tradiciones francesas, muy comprensible, además, en aquel tiempo de desquiciamiento social.

Queda englobada con todos los supuestos cómplices de Ladmiral. Este, ya camino de la guillotina, exculpó a todos sus compañeros de suplicio, asegurando que ninguno de ellos había conocido su proyecto, pues él sólo quiso vengar a la humanidad.

Dirigiéndose a Cecile Renault que rezaba con fervor y señalando a la turba que los insultaba, le dijo con irónica piedad: "¿Habéis deseado ver a un tirano? Pues bien, contempladlos, ahí los tenéis a centenares en vuestra presencia". Palabras muy del tiempo y reveladoras del grado de desbordamiento anárquico a que se había llegado.

Nunca se ha sabido si esta infortunada joven tuvo en verdad intenciones de asesinar a Robespierre, pues las pruebas del juicio en que se basó la condena eran demasiado débiles y se procedió con la superficialidad acostumbrada por el tribunal revolucionario para condenar a muerte. ¿Tenía realmente tal idea al ir a buscarlo? ¿Sólo trataba de conocerle por un impulso enfermizo? ¿Se entregó deliberadamente como otros muchos lo hicieron en arranques de locura suicida que originaba el medio ambiente?

La incógnita permanece impenetrable hasta ahora y nada más sabemos que la cabeza de Cecile Renault fué una más de las que por cientos cayeron en el fatídico cesto el Año Terrible.

FINAL

Y para concluir estas incompletas semblanzas femeninas, no sería posible dejar de evocar aquellos grupos de mujeres dolientes, desfallecidas por el sufrimiento y por el hambre, que vagaban como fantasmas en torno a las prisiones de la muerte, en acecho de ver al ser querido tras las rejas, siquiera por un momento, o para llevarle un poco de consuelo a través de sórdidos carceleros comprados.

Lucila Demoulins encarna la angustia de todas ellas. Es la tierna enamorada que sacrifica su propia vida en inútil y desesperado empeño de salvar la de su marido, sin el cual no quiere vivir más. Ya lo dice en su patética

carta a Robespierre: "¡Y tú, su más antiguo, su mejor amigo, nos vas a matar a los dos! ¡Porque el golpe que lo hiera a él me matará a mí también!"

Y murió valientemente, tal como la había previsto, por el único delito de haber procurado con su influencia de mujer enamorada, aminorar las crueldades y evitar inútiles y bárbaros derramamientos de sangre. Influyó, sin duda, en el ánimo de su marido, para hacerle cambiar de ruta e inspirarle indulgencia. Es de creer que su ascendiente debe haber contribuído para que Camilo Demoulins escribiera su famoso artículo del "Viejo Franciscano", en el que pedía clemencia para las víctimas y abogaba para que cesara la degollina: artículo que lo perdió arrastrando en la caída a su mujer.

"No murió por la gloria —dice Lamartine refiriéndose a Lucile—, sino por el amor. Quizás fué ésta la víctima más completamente vengada algunos meses después. Su sangre de mujer no se derramó en vano y este suplicio alistó a todo un sexo contra los asesinos de la juventud, de la inocencia y del amor".

Y esta noble criatura y sus hermanas, que flotan como sombras sangrientas, doloridas y apasionadas, en el vasto panorama de la Revolución Francesa, parecen corroborar con su vida y sus hechos, la expresiva frase de Michelet:

"La mujer es la iniciativa en acción; el dominio dulce y agradable que sabe y puede iniciar".

Bibliografía

AEGERTER, EMMANUEL: *La Vida de Saint-Just.* Editorial Apolo, Barcelona, 1931.

BELLOC, HILAIRE: *Danton.* Editorial España, Madrid, 1931.

DU BLED, VICTOR: *La Societé Francaise.* Perrin et Cie., editeurs, París, 1908. (5º tomo).

GAUME: *Historia de la Revolución Francesa.* Imprenta de Vicente Segura, México, D. F., 1859, (3er. tomo).

GAUTHEROT, GUSTAVE: *Les Suppliciées de la Terreur.* Perrin y Cie., París, 1926.

GOETZ WALTER: *Historia Universal.* Espasa Calpe, Madrid, 1931. Versión española de Manuel García Morente, (7º tomo).

CARLYLE, THOMAS: *Historia de la Revolución Francesa.* Versión española de la Editorial Iberia. Primera edición, (3 tomos).

GÓMEZ, MATILDE: *Mujeres de la Historia.* París, primera edición.

IBARRA Y RODRÍGUEZ, EDUARDO: *Historia del Mundo en la Edad Moderna.* Universidad de Cambrigde. Edición española de Barcelona, 1914.

LAMARTINE, ALFONSO DE: *Historia de los Girondinos.* Editorial Sopena, Barcelona, 1935, (3 tomos).

MADELIN, LOUIS: *Histoire de la Revolution Francaise.* Librería Hachette et Cie., París, 1913, 4ª edition.

MATTHIEZ, ALBERT: *Historia de la Revolución Francesa.* Editorial Labor, Barcelona, 1935. Traducción de la 5ª edición francesa por R. Gallegos Díaz.

MICHELET, JULES: *Histoire de la Revolution Francaise.* A. Lacroix Verboeckhoven et Cie., París, 1868. 2ª edición.

LES FEMMES DE LA REVOLUTION: *Adolphe Delahays,* editeur, París, 1855.

Monografías Históricas sobre la Revolución Francesa. Universidad de Cambrigde. Editorial Sopena, Barcelona, (2 tomos).

ONCKEN, GUILLERMO: *Historia Universal.* Montanés y Simón, editores, Barcelona, 1920 (tomos 32, 33 y 34).

OPPISSO, ALFREDO: *Historia de la Revolución Francesa.* Editorial de Ramón Molinas, Barcelona.

QUINET, EDGAR: *La Revolución Precedida de la Crítica de la Misma.* Editorial Librería "La Anticuaria", Barcelona, 1877, (2 tomos).

ROLAND, MARIE JEANNE PHILIPON: (*Mad. Roland*). *Memoires.* Librerie de la Bibliothéque Nationale, París 1875, (2 tomos).

ROUSSEAU, JUAN JACOBO: *El Contrato Social. Editorial* Maucci, Barcelona.

SAINT-AMAND: *Les Femmes de Versailles.* E. Dentu et Cie., editeurs, París, 1887. 1ª edition.

SAINT-BEUVE: *Retratos de Mujeres.* Garnier Hermanos, París. Versión castellana de Javier Bueno.

TAINE, HIPPOLITE: *Les Origines de la France Contemporaine.* Librerie Hachette et Cie., París, 1885, (4 tomos).

THIERS, ADOLPHE: *Histoire de la Revolution Francaise.* Editorial Lecointe, París, 1928. (10 tomos).

VERDAGUER, MARIO: *Las Mujeres de la Revolución.* Editorial Apolo, Barcelona.

VON HENTING, HANS: *Robespierre.* Editorial España, Madrid.

ZWEIG, STEFAN: *María Antonieta.* Editorial Drake, México, D. F., 1942.

FOUCHÉ: Editorial Juventud, Argentina.